Saul

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Gomez



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

6

CATALOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
El pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un paseo á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca finjida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La batelera de pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero.
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde, ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Caligula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendarias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueñ
Mas vale llegar á tiempo
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey 2.ª
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retir
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistado
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D. Julian.
Cerdan, justicia de Ara
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de anta
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde
Rivera.
El rigor de las desdicha
Las simpatias.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con pelu
Shakespeare enamorad
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin din
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muge
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artist
La segunda dama duen
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los tre
Los perros del mont
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro ma
Empeños de una veng
¡Es un bandido!

SAUL.

TRAGEDIA BÍBLICA

EN CUATRO ACTOS

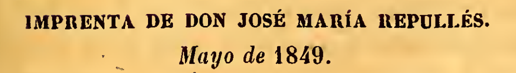
por la Excma. Señora

Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda

de Sabater.




MADRID.


IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Mayo de 1849.



A S. M.

la Augusta Reina Madre

D.ª MARIA CRISTINA DE BORBON.

SEÑORA:

Dígnese V. M. recibir benignamente esta tragedia bíblica que alcanzó la honra de ser leida por V. M., cuando acababa de salir desaliñada y defectuosa de mi incorrecta pluma.

Animada desde entonces por tan feliz principio, he procurado en cuanto me era posible hacerla menos indigna de la augusta aprobacion á que osaba aspirar, trabajando asiduamente en su correccion, y esforzándome por realzar las magníficas situaciones del argumento sagrado, hasta que, sin lisonjearme de haber elevado la presente obra á la perfeccion que merecia, quedé convencida de haber hecho con este objeto cuanto era dado á mi pobre talento.

El Teatro Español, felizmente inaugurado en el presente año por Real disposicion de la Escelsa Hija de V. M. la Reina nuestra Señora, natural protectora de la literatura nacional, se prepara hoy á pre-

sentar en la escena esta composicion religiosa con todo el decoro y la pompa que requiere su asunto, y yo suplico á V. M. se digne aceptar mi profundo reconocimiento por haberme dispensado la gracia de que salga á luz recomendada por su augusto nombre.

El Ser Omnipotente prospere dilatados años la importante vida de V. M. para aumento de gloria de nuestra Santa Religion, que V. M. ensalza y difunde con el ejemplo de su acrisolada piedad.

SEÑORA,

A. L. R. P. DE *V. M.*

Gertrudis Gomez de Avellaneda de Sabater.

Madrid 22 de Mayo de 1849.

ADVERTENCIA Ó PRÓLOGO,

escrito por la autora con motivo de leerse su Tragedia en presencia de los distinguidos literatos de la Seccion de Literatura del Liceo de Madrid, en el año de 1846.

Señores Socios de la Seccion de Literatura del Liceo de Madrid, á que tengo la honra de pertenecer.

Antes de someter al fallo inapelable del público la tragedia bíblica titulada *Saul* (que teneis la amabilidad de venir á escuchar cuando todavía incorrecta acaba de salir de mi pluma), he deseado ardientemente presentárosla y pediros la franca manifestacion de vuestro juicio respecto á ella, como nueva señal de la benévola acogida que siempre habeis dispensado á mis humildes ensayos literarios, recompensados recientemente con la mas alta y honorífica distincion que puede ambicionar el poeta (1).

---

(1) La autora hace alusion á las dos coronas de laurel con que acompañó el Liceo de Madrid los premios obtenidos por ella en el certámen poético celebrado en 1845.

Mucho tiempo antes de que me resolviese á probar mis fuerzas en obras del género de la presente, y cuando todavía no me habia atrevido ni aun á dar publicidad á mis ensayos de poesía lírica, me detenia con frecuéncia, leyendo las Santas Escrituras, en las interesantes páginas dedicadas al reinado del primer mònarca israelita, pareciéndome magnífico personage para una tragedia aquel príncipe soberbio y desventurado, que no cesó de luchar hasta la muerte contra la mano omnipotente que se alzaba airada para hundirle con su naciente dinastía.

El orgullo que habia cerrado las puertas de la gloria á una inteligencia sublime; el orgullo que habia abierto las de los dominios del hombre á la inexorable muerte; el orgullo era aquel *espíritu maligno* posesionado del alma de Saul, y ninguna pasion me parece mas fuerte, mas infausta, mas capaz de escitar los afectos de terror y de piedad que exige la tragedia.

Asi lo creía mientras estudiaba, sin atreverme á tratarlo, este gran argumento bíblico, y adquirí de ello absoluta certeza cuando una feliz casualidad hizo mas tarde que llegasen á mis manos el bellísimo *Saul* de Alfieri, y otra tragedia de igual título debida á la pluma de Mr. Soumet. Sin tratar de establecer cotejo entre estas dos producciones, porque nada hay indudablemente que pueda ser comparable á la sublime sencillez del poeta italiano en la obra maestra de su ingenio, admiré en la del autor francés bellezas muy superiores á las que me prometia encontrar en vista de la escasa celebridad de que goza. La grandeza del asunto ele-

vaba al poeta mas allá de su propio talento, y tan notable juzgué su composicion, á pesar de sus numerosos defectos, que comencé á traducirla en verso castellano proponiéndome darla al teatro, no obstante el clamor general que se levantaba entonces de todas partes contra el género que ha inmortalizado á tantos grandes ingenios, pero que posteriormente se ha hundido para siempre, si hemos de dar fé á la absoluta decision de esta nuestra época mercantil y política.

Confieso que no me arredraba gran cosa aquel fallo, por mucho que lo respetase; mas mi imaginacion se sujetaba dificilmente al trabajo casi mecánico de la traduccion, y bien pronto fue abandonada tan ingrata labor para emprender la de presentar al público una tragedia original. *Alfonso Munio* vió en efecto la luz; poco despues el *Príncipe de Viana*; y hasta *Egilona* dormia ya en mi papelera antes de que me hubiese determinado á fijar de nuevo mi atencion en el argumento bíblico. Sin embargo, pensaba en él incesantemente, y las instancias de algunos amigos á quienes habia leido mi comenzada traduccion, me animaron por fin no á terminarla, sino á escribir otra tragedia sobre aquel asunto grandioso, aprovechando algunas de las bellezas de las dos que tenia á la vista, y evitando, en cuanto me fuera posible, los inconvenientes que para su ejecucion en el teatro habia notado en entrambas.

Vosotros vais á juzgar la obra escrita con aquel objeto, Señores Socios de la Seccion de literatura, y antes de que me ilustreis con vuestro respetable voto, creo que debo manifestaros cuál es mi propia

opinion respecto á ella, ó por mejor decir, la estension de mis pretensiones al escribirla.

La presente composicion dramática no es en mi concepto una de aquellas destinadas á conseguir ruidosa popularidad: cualesquiera que sean las grandes dificultades vencidas; la riqueza que pueda prestarse á su versificacion; la belleza del argumento; el interes de muchas de sus situaciones; y aun diré la dignidad y elevacion de los caractéres de sus personages (porque no soy quien los ha creado), cualquiera que sea, repito, el mérito que pueda tener esta tragedia, su éxito en la escena no será acaso tan lisonjero como el de mis anteriores, aunque yo la juzgue mucho más digna de obtenerlo.

Mi *Saul* no es una creacion: es un drama real, severo, religioso, en el que no representa sino un papel secundario la pasion del amor; en el que no se hacinan peripecias violentas, ni se ostentan adornos postizos escluidos por la gravedad de su argumento: es un drama, en fin, *sin alteracion considerable de la verdad histórica.* No sé si con acierto ó sin él, me he apartado de la sencillez del plan adoptado por Alfieri, y de su rigurosa sujecion de las reglas clásicas. Comprendiendo bien que no me era dable igualarle en magestad, quise por lo menos prestar á mi obra mas movimiento, mas *drama*, por decirlo asi. Alfieri emplea los cinco actos de su bella tragedia solo en poner en accion á Saul durante las últimas horas de su vida; privándose de este modo, por su escesivo respeto á la unidad de tiempo y de lugar, de algunas situaciones muy bellas que le brindaba la historia de

su protagonista. Soumet por su parte, queriendo salvar este inconveniente sin infringir el precepto, se vió forzado á alterar á veces los hechos y á cometer anacronismos, á fin de aglomerar en el breve tiempo y espacio que le concedian las reglas horacianas, sucesos que la historia coloca en tiempos y sitios muy apartados de aquellos en que los pone el poeta. No seré yo ciertamente quien condene estas libertades que creo permitidas; mas tratándose de un asunto tomado de la Sagrada Biblia, cuya verdad deseaba no desfigurar, he procurado evitarlas, y ensanchado acaso escesivamente el plan, renuncié á la severa observancia de las unidades.

Mi *Saul* pues, se diferencia notablemente de las dos obras de igual título que tengo citadas, en cuanto á que abraza un período mucho mayor de la vida del protagonista comun, á quien yo tomo desde el momento en que llegando al apogeo de su gloria y de su orgullo, atrae sobre su cabeza la reprobacion divina, y no lo dejo sino cuando sucumbe á la suprema voluntad, que cumple sus designios con magestuosa calma y por maravillosas vias.

No me he curado á la verdad de hacer comprender los años que transcurren, y aun he hecho estudio en que los intervalos aparezcan tan disminuidos que mas bien se tomen por dias que por años los comprendidos en la tragedia; mas creo, sin embargo, no haber vencido escasas dificultades al conservar el orden cronológico de los hechos. Puedo decir pues, que mi tragedia es mas rigurosamente histórica que la de Soumet, y mas dramática que la de Alfieri; ¿pero habré podido darle

estas ventajas sin perder otras considerables y acaso superiores?...

No me toca á mí decidirlo; diré únicamente que lo he deseado, y que admirando los dos bellos modelos de que me veía precisada á separarme con frecuencia, pero comprendiendo que era imposible hacer una tragedia que mereciera en todo rigor el título de *original*, fundándose en asunto tan conocido, como por su naturaleza inalterable, no me he apartado tanto que no pudiese cobrar moderadamente tributo alguna vez de los tesoros de ambas.

Despues de estas manifestaciones no necesito deciros, Señores Socios del Liceo, que á pesar de la desconfianza que he espresado respecto al éxito de mi obra cuando aparezca en la escena, y aun cuando no llegue jamas á alcanzar los honores de ella (porque no se me oculta el pavor que debe producir en las empresas una *tragedia bíblica*), siempre juzgaré mi trabajo suficientemente recompensado, y quedará satisfecha mi ambicion, si vosotros la conceptuais merecedora del lisonjero interes con que os habeis apresurado á acudir á su lectura.

Madrid Marzo de 1846.

Gertrudis Gomez de Avellaneda.

NOTA. La autora, que ha conservado tres años esta tragedia sin hacerla imprimir ni ejecutar, no obstante el favorable voto que obtuvo de los señores literatos del Liceo, la ha corregido, y aun mejor diremos refundido, en 1849, para presentarla al Teatro Español inaugurado en dicho año. El Saul, que antes constaba de cinco actos, ha quedado reducido á cuatro, pues la autora ha creido menos peligroso suprimir algunas escenas aun considerándolas buenas, que llevar al teatro su obra con la demasiada estension que la diera en su principio. Dócil en esta parte al consejo de sus amigos, no lo ha sido empero en lo tocante á la muerte de Samuel y aparicion de su sombra, que algunas personas, cuya opinion respeta, han creido atrevidas para la ejecucion. Arrostrando el riesgo que puedan originar ambas situaciones, la autora las conserva intactas, y está pronta á dar las razones que para ello ha tenido, si la sana crítica se las demanda.

La unánime aprobacion que esta obra ha obtenido de los Señores que componen la Junta censora del Teatro Español, acaba de confirmarla en la opinion que habia formado de que ni las dos mencionadas escenas, ni alguna otra igualmente delicada que haya en su Saul, pueden arriesgar su éxito en la representacion, mayormente cuando cuenta en su seno el teatro que se encarga de ella tantos artistas de indisputable mérito, y de cuya amabilidad se promete la inmensa ventaja de que todos los papeles principales de la tragedia sean desempeñados por primeros actores.

PERSONAGES.

SAUL, *rey de Israel.*

JONATHÁS } *hijos de Saul.*
MICOL.... }

DAVID.

SAMUEL, *profeta.*

ACHIMELECH, *sumo sacerdote.*

LA PITONISA DE ENDOR.

ABNER, *caudillo de Israel.*

SELA, *vírgen de Israel.*

UN LABRADOR DE RAMA.

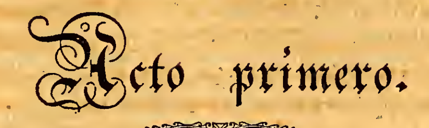
UN ANCIANO DE ISRAEL.

UN GEFE DE TRIBU.

UN GUERRERO.

AGAG, *rey de Amalec: personage mudo.*

SACERDOTES, LEVITAS, GUERREROS, VÍRGENES Y PUEBLO.



El teatro representa una plaza de la ciudad de Gálgala: se ve el Tabernáculo, cuyas puertas estan abiertas. Es el momento en que los primeros albores del alba empiezan á disipar las sombras de la noche.

ESCENA PRIMERA.

SAMUEL. ACHIMELECH.

(Samuel sale á la escena inmediatamente que se alza el telon y se adelanta hácia el Tabernáculo, en cuyo umbral aparece al mismo tiempo Achimelech, ornado de todas las insignias pontificales.)

Samuel. ¿Por qué, si apenas las nocturnas sombras
la tibia aurora á disipar comienza,
del templo del Señor patentes veo
con pompa grave las sagradas puertas?
¿Por qué del pueblo las alegres voces
en las plazas de Gálgala resuenan,
y del Efod augusto revestido
el sumo sacerdote aqui se encuentra?

Achim. *(Que ha descendido lentamente á la plaza mientras habla Samuel.)*
¿Es posible que ignore todavía
la gloria de Sion su gran profeta?
¿No sabes ¡oh Samuel! que vencedores
del fiero Amalecita en la pelea,
á ofrecer al Señor víctimas puras
los hijos de Israel aqui se acercan?

El rey Saul obedeció al acento
con que de Dios la voluntad suprema
tu labio le anunció: cual ordenaste,
al idólatra audaz llevó la guerra,
y del terrible Agag su fuerte brazo
la indómita cerviz postró en la arena.

Samuel. Contra ese monstruo y su nefanda estirpe
Jehovah pronunció su alta sentencia.
Yo su voz escuché:=«Samuel, me dijo,
bien cual del campo ponzoñosa yerba,
la raza Amalecita, que me ultraja,
del suelo que oprimió desaparezca.
Cumpla mi pueblo la sentencia justa,
yo la victoria fijaré en su diestra,
y ante él serán las huestes enemigas
lo que ante al sol las lóbregas tinieblas.
¡Mas ay de aquel que con su mano toque
del maldecido la letal riqueza!...
¡Ay del que llegue á las divinas aras
con holocaustos que su Dios condena!...
Ni escasa gota de la impura sangre
en vuestras manos conserveis impresa;
no traigais á Israel ni el leve polvo
que vuestros pies tomaren en sus tierras!»
Asi habló Jehovah, y asi mis labios
lo espresaron al rey.

Achim. De su obediencia
victorias mil alcanzará por premio,
que es grande de Saul la fortaleza
y grande la virtud.

Samuel. ¡Dios solo juzga!
¡Dios, que del alma en lo interior penetra!

Achim. A esperar al ejército triunfante
el pueblo aqui regocijado llega,
y de Sion las Vírgenes, con flores
que el alba pura salpicó de perlas,
vienen á ornar el pórtico sagrado
para la augusta y religiosa fiesta.
Hácia el santuario mis pisadas sigue,
profeta del Señor, que ya la ofrenda
preparan sacerdotes y levitas,
y se aproxima el punto de ofrecerla.

Samuel. (*Con tono solemne.*)
¡Mas no es llegado, Achimelech, mi tiempo!
¡La voluntad de Dios de aqui me aleja!...
¡Ay del que mira aparecer el dia
y en lobreguez su corazon conserva!
Achim. ¿Qué anuncian ¡oh Samuel! esos acentos
que logran perturbar mi alma serena?
¿Algun delito existe que á tu oido
la voz de Jehovah solo revela?
Samuel. (*Con emocion grave y dolorosa.*)
Llega, ¡oh Achimelech! llega á las aras,
y al Rey de Reyes prosternado ruega
por el triste Saul.
Achim. ¿Ha muerto acaso?
¿ha muerto nuestro rey?
Samuel. ¡Dichoso fuera
si antes de coronarle la victoria
bajado hubiese á la callada huesa! (*Se va.*)
Achim. Rápida huyó del pecho la alegria,
y présago de mal se oprime y tiembla.
¡Omnipotente Dios! que tu justicia
temple benigna tu piedad inmensa.
No juzgues cen rigor tu hechura frágil...
¿Quién es puro, Señor, en tu presencia?
(*Entra en el Tabernáculo.*)

ESCENA II.

MICOL. SELA. VÍRGENES DE ISRAEL.

Micol. ¡Vírgenes de Sion! vuestros cantares,
saludando del sol la luz primera,
del sueño me arrancaron; mas decidme:
¿es cierta la que dais felice nueva?
¿venció Israel al fiero Amalecita?
Sela. Mira, hija de Saul, ¿no ves abierta
la casa del Señor? ¿A tus oidos
no llegan esas voces con que muestra
su regocijo el pueblo? De tu padre
el nombre claro por los aires vuela,
y divulgan los ecos las hazañas
que de tu hermano Jonathás se cuentan.

Su brazo juvenil y arco certero
fuertes hizo el Señor, y sus saetas
el angel de la muerte con su soplo
rápidas guia al corazon derechas.

Micol. Bendigamos á Dios, ¡oh amigas mias!

Sela. El bendijo á Saul: su descendencia
será, cara Micol, tan numerosa
cual son en el desierto las arenas,
y crecerá tan próspera y lozana
como la tierna grama en la pradera,
cuando del cielo la benigna lluvia
con puro aljofar sus verdores riega.

Micol. Cantemos, pues, al Dios de nuestros padres;
publiquen sus bondades nuestras lenguas,
y en alas suban de las leves auras
himnos de amor á la celeste esfera.

(*Las Vírgenes con Micol se acercan al Tabernáculo, y mientras unas templan los instrumentos, otras adornan el pórtico con guirnaldas de flores. El pueblo desemboca al mismo tiempo en la plaza.*)

ESCENA III.

MICOL. VÍRGENES. PUEBLO.

Gefe de tribu. Fausto amanece y delicioso el dia!
Las Vírgenes mirad que alegres templan
la cítara y salterio: nuestras voces
unamos á su acento, mientras llegan
los nobles vencedores y á las aras,
holocaustos pacíficos se llevan.

HIMNO.

Coro general. ¡No hay otro Dios que nuestro Dios!
¡Dios es el Dios de la verdad!
¡Dios es el rey del mar y el sol!
¡En cielo y tierra es *Jehovah*! (1)

---

(1) *Jehovah* significa, *El que Es.*

Pueblo. A Dios obedecen el rayo y el viento:
lo anuncian los astros, proclámalo el mar:
¡con un leve soplo pudiera su aliento
hacer de la tierra los ejes temblar!
Vírgen. Dios es el que vierte la lluvia y rocío:
quien viste los campos de alegre verdor:
quien da los cristales sonoros al rio,
al aura murmullo, perfume á la flor.
Coro gen. ¡No hay otro Dios, etc.
Pueblo. Querubes ardientes postrados se humillan
en torno del solio del Dios de Moisés,
y son las estrellas, que trémulas brillan,
las aúreas arenas que huellan sus pies.
Vírgen. De Dios al mandato la luz resplandece;
el sol como en sombra nos muestra su faz;
la plácida luna de amor palidece
bebiendo en sus ojos destellos de paz.
Coro gen. ¡No hay otro Dios, etc.
Pueblo. ¡Ay! ¡ay de aquel pueblo que insano se atreva
á alzarse enemigo del pueblo de Dios!...
¡Será como el humo que el viento se lleva
ni leve vestigio dejándose en pós!
Vírgen. ¡Glorioso entre todos los pueblos se ostenta
aquel venturoso que Dios escogió!
¡Lo escuda la mano que al orbe sustenta,
y el angel de muerte su espada le dió!
Coro gen. ¡No hay otro Dios, etc.
Micol. Suspendamos el canto, los guerreros
con silencioso júbilo se acercan.

ESCENA IV.

DICHOS. SAUL. JONATHÁS. GUERREROS. AGAG, *rey de Amalec, cargado de cadenas.*

Saul. ¡Salud, pueblo de Gálgala! si un dia
escarneció Amalec nuestra flaqueza,
postrado ya por nuestro esfuerzo yace
cual roble que descuaja la tormenta,
y débil eco, que en el aire espira,
hará el Señor que su memoria sea!
Voces del pueb. Gloria, gloria á Israel!

Saul. El filisteo,
no escarmentando en la desdicha agena,
al campo mismo donde á Agag vencimos,
nos llega á provocar con insolencia;
pero muy presto humillará su orgullo
el vengador impulso de mi diestra,
y dejará mi lanza sus ciudades
cual deja el pedernal trilladas eras.
¡Llegad, guerreros! al altar sagrado
corderos presentad, blancas ovejas,
y en cada gota de su hirviente sangre
germen fecundo beberá la tierra!

(*Los guerreros se adelantan, y los sacerdotes y levitas, al frente de los cuales está Achimelech, aparecen al mismo instante en la puerta del Tabernáculo.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS. ACHIMELECH. SACERDOTES. LEVITAS. (*El dia comienza á nublarse.*)

Achim. ¡Guerreros, aguardad! sin mi mandato
nadie el umbral de la sagrada puerta
se atreva á hollar con temeraria planta.
Saul. ¡Oh Achimelech! las víctimas acepta
que al altar conducimos: que tu mano
al Dios de nuestros padres las ofrezca.
Achim. ¿Es digno del Señor ese holocausto?
¿Con manos puras á las aras llegas?
Saul. Llego con manos vencedoras; llego
cargado del botin que en justa guerra
mi brazo conquistó, y á Dios tributo
lo mas selecto de la rica presa.
Achim. ¡Qué escucho, rey! ¿despojos del impío
conduces á Sion? ¿Dones de afrenta
al ara augusta destinar osaste?
¿La voluntad de Dios por su profeta
no te fué revelada? ¿No sabias
que fulminó el Eterno su anatema
á los campos del réprobo, y sus bienes
contagiados estan? ¿no sabes...
Saul. (*Con impaciencia.*) ¡Cesa!

Al anciano Samuel, cual varon justo
y amado del Señor, mi alma venera,
mas los guerreros tras la cruda lucha
pidieron el botin por recompensa,
y rehusar un premio á sus fatigas
fuera en un rey humillacion y mengua.
Si las primicias destiné á las aras,
y hoy, sacerdote, aqui te las presenta
mi propia mano, tus deberes cumple
y déjale el juzgar á mi conciencia.

Achim. ¡Dios es, ¡oh rey! Dios es el que te juzga!
¡El tu holocausto por mi voz desecha!
¿Piensas que mas que sumision y afecto
la sangre de las víctimas aprecia?...
¿Presumes que los dones de tu mano
ocultarán de tu alma la soberbia?

Saul. (*Con imperio.*)
¡Ya basta, Achimelech! El pueblo aguarda
y el ara augusta el sacrificio espera:
pues el Señor me concedió victoria
legítimos trofeos no me niega,
y cuando me eligió para su ungido
dióme en mi reino potestad suprema.
Si gozo las riquezas del malvado,
al altar traigo víctimas selectas;
si al rey vencido conservé la vida,
héle allí ¡sacerdote! entre cadenas;
cual miserable siervo condenado
á ser del pueblo execracion y befa.

Achim. ¡Qué miro, eterno Dios! ¿vive el impío,
azote de Israel? ¿Vive y alienta
aqui á las puertas del augusto templo
del Dios á quien insulta en la presencia?
¿Es ese Agag el réprobo nefando
en cuyos labios mora la blasfemia,
y va dejando el sello de su crimen
donde la planta ensangrentada asienta?
¡Oh atroz profanacion! ¡oh sacrilegio!
¡Sacerdotes! ¡huyamos! las cavernas
mas digno templo ofrecerán al culto;
¡altar mas puro nos darán las piedras!

Saul. ¡Aguarda, yo lo mando!

Achim. (*Dejando la escena.*) Lo prohibe
aquel á quien ofendes.
Saul. ¡De esas puertas
no traspaseis, levitas, los umbrales!
¡Las ofrendas tomad!
Un levita. (*Que con todos los otros sigue á Achimelech.*)
¡Dios nos lo veda!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, *menos* SACERDOTES *y* LEVITAS.

Saul. ¡Guerreros, detenedlos!
Jonat. (*Adelantándose á los guerreros.*)
¡Nadie toque
los ungidos de Dios! ¡nadie se atreva!
Saul. (*Furioso.*)
¡Jonathas! ¡tú tambien! ¿tú mis mandatos
osas contradecir?
Jonat. (*Con respetuosa firmeza.*)
¡Señor! te ciega
frenético furor, y deber juzgo
esponerme yo mismo á su violencia
antes que á tí, por sumision culpable,
de atroz esceso á la afrentosa mengua.
Anciano. ¡Oh escándalo! ¡oh dolor! ¡misero pueblo!
¿qué esperas, di, si tu Señor se ausenta
de ese santuario, do á pedir llegabas
remedio á tus quebrantos y miserias?
Gefe de tribu. ¡Alejémonos todos, que la ira
del santo de Israel no será lenta!
(*Gran agitacion en el pueblo y entre los guerreros. El pueblo comienza á alejarse.*)
Un guer. ¿E iremos á buscar al filisteo
sin que el Señor reciba las ofrendas?
Saul. No sin ofrendas quedarán las aras;
no temais que el Señor nos reconvenga
como á siervos ingratos. ¡Volved, pueblo!
¡Guerreros, disipad vuestras sospechas!
yo el sacrificio ofreceré; pues viles
los ministros de Dios, su templo dejan,
yo, sacerdote y rey á un tiempo mismo,

inmolaré las víctimas.

Jonat. ¡Qué intentas!

(*Saul, apartando á su hijo que quiere detenerle, entra en el templo con Abner y los guerreros que llevan las ofrendas. El pueblo y las Vírgenes consternadas se agrupan á un lado de la escena; los guerreros estan en el otro, y Jonathás y Micol en medio. La oscuridad va creciendo y comienzan á oirse truenos lejanos.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *menos* SAUL, ABNER *y algunos* GUERREROS.

Gefe de tribu. ¿Él va á inmolar las víctimas, no siendo
ni sacerdote ni levita? ¿piensa
asi aplacar á Dios?

Jonat. El rey, ¡oh hermana!
¿en qué delirio está?

Micol. ¡Mi pecho tiembla!

Gefe de tribu. ¡Mirad, mirad! ¡se nubla el firmamento!

Sela. ¡Anuncia todo próxima tormenta!

Jonat. ¡Cara Micol! ¡cuán fúnebres presagios!

Anciano. Triste es la aurora ¡oh pueblo! como aquella
en que de Afec en la fatal campiña
derrotadas las tribus de Judea,
al filisteo idólatra dejaron
el arca santa del Señor por presa.

Micol. ¡Oh! ¡qué recuerdo á la memoria traes,
anciano de Sion! ¡mi sangre hielas!

Gefe de tribu. Ya vuelve el rey; ¡miradle! torvo, altivo
se muestra su semblante.

Sela. Se revela
en su mirada la inquietud del alma.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, SAUL, ABNER *y* GUERREROS *que le acompañaron.*

Saul. ¡Habitantes de Gálgala! ya quedan
inmoladas las víctimas: las aras
ya recibieron la abundante ofrenda.

El temor deponed y en nuevos cantos
celebrad del Señor la gloria escelsa;
mientras con brazo y corazon de bronce
combatiendo las huestes filisteas,
voy á probaros con mayores triunfos
la proteccion que el cielo me dispensa.
¡Guerreros de Israel! seguid mis pasos:
¡el botin, la victoria nos espera!

ESCENA IX.

DICHOS. SAMUEL.

Samuel. (*Dentro.*)
¡Detente, rey!
Micol. ¡Oh cielo!
Saul. (*Deteniéndose.*) ¿Quién me nombra?
Sela. ¡Es Samuel!
Jonat. ¡Es Samuel!
El anciano y el gefe de tribu. ¡Es el profeta!
(*Un relámpago ilumina la escena al aparecer Samuel, que se adelanta grave y lentamente hácia Saul por medio del pueblo, que le abre paso con respetuoso silencio.*)
Samuel. ¡Escucha, rey! que te habla por mi labio
la eterna voz que rige las esferas:
aquella voz que fecundó á la nada
y que encendió la luz al decir *¡sea!*
¡Escucha, rey, lo que llegó á mi oido
entre las sombras de la noche densa!
escucha y baja la orgullosa frente
contrito el corazon, muda la lengua.
(*El pueblo todo se inclina aterrado.*)
Cuando te alzó la mano soberana
sobre las tribus de Jacob, ¿quién eras?
¿quién eras, dí, mortal envanecido,
que hoy de tu Dios los mandamientos huellas?
Pobre y oscuro te sacó del polvo
ciñéndote de un reino la diadema:
¡sé mi imagen! te dijo: yo á ese pueblo
por modelo te ofrezco: ¡manda! ¡reina!
inspira la virtud con tus virtudes,

con tu obediencia la obediencia enseña,
¡que han de imitar mi perfeccion divina
los que en la tierra mi poder ejerzan!
¡Cómo lo cumples, rey!... rebelde, impío,
te apropias del maldito las riquezas,
del sacerdocio abates los derechos,
profanas el altar, tu impura diestra
osa inmolar las víctimas nefandas
que la suprema voluntad reprueba.
Pues bien, yo te diré lo que pronuncia
el que en la cumbre de los cielos reina.
«¡El que te alzó del polvo con un soplo,
con otro soplo hará que al polvo vuelvas!»

Saul. ¡Calla, anciano cruel! mi gloria en vano
tu loco acento en deslustrar se empeña.

Samuel. (*Despues del segundo verso se acerca al rey Agag y lo arranca de en medio de los guerreros consternados.*)
¿Ves ese sol nublado en el oriente?
¡Tu decantada gloria asi se vela!
Y cual te arranco el prisionero infame
que por indigna vanidad conservas,
otro verás aparecer muy pronto
que de tu sien arranque la diadema.
(*Va á salir.*)

Saul. ¡Samuel! ¡escucha! ¡tente!

Samuel. No; ¡por siempre
á Dios, Saul!

Saul. ¡Detente! ó por la fuerza
te detendrá mi brazo.

(*Saul ase del brazo á Samuel, y huyéndole este quedan en la mano del otro las borlas del manto.*)

Samuel. Como arrancas
aquesas borlas que en tu mano quedan,
asi el Señor te arrancará ese cetro
que otro mejor que tú verá en su diestra,
sin que despues de su preclara estirpe
salga jamas la bendecida herencia.
(*Se va con Agag por medio del aterrado pueblo.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, *menos* SAMUEL *y* AGAG.

Sela. ¡Cuán terrible, gran Dios, es tu justicia!
Anciano. ¡Las grandezas humanas cuán pequeñas
son ante Jehovah!
Gefe de tribu. ¡Rey desdichado!
¡ved cuál la mano del Señor lo aterra!
(*El pueblo se va dispersando; algunos grupos quedan sin embargo en el átrio del templo.*)
Abner. (*A Saul.*)
¿Asi calla Saul? ¿asi se abate
cual tierno infante ó desvalida hembra,
cuando en el campo de batalla acusa
el enemigo su fatal pereza?
¿En qué piensas? ¡oh rey! ¿de un viejo iluso
acoge tu razon sándias quimeras?
¿Cuando Israel su salvacion te fia
fatídicos anuncios te amedrentan?
Saul. ¡No el miedo, Abner, la cólera me oprime!
¡Cual si temiese contagiosa lepra
ve cuál se aparta de su rey el pueblo!
Abner. Mas tus guerreros no; ¡con impaciencia
el combate te piden, la victoria!
Saul. (*Preocupado.*)
«¡Cual se nubla del sol la lumbre bella,
asi se eclipsa de tu gloria el astro!»
Abner. ¡Tales presagios tu valor desmienta!
Saul. ¿Es mi enemigo Dios, ó lo es el hombre?...
¡Dame aclarar las sombras que me cercan!
Jonat. Humíllate al Señor, ¡oh padre mio!
desarme su rigor tu penitencia.
Micol. (*Tímidamente.*)
Contigo ¡oh padre! rogaremos todos.
Saul. (*Con enojo.*)
¡Callad!
Jonat. ¡Rey de Israel! fausta ó adversa
tu suerte seguiremos.
Abner. ¡Vencedoras
legiones de Saul! á la contienda
hora va á conduciros; ¡que su nombre

grito de guerra y de victoria sea!
¡Gloria al rey!

Algunas voces. ¡Gloria al rey!

Micol. Infausto dia
amenaza á Israel. ¡Ay! ten clemencia
de tu pueblo, ¡gran Dios!

Saul. (*A los guerreros.*) No mas publique
que inútilmente nos insulta y reta
el temerario idólatra. Marchemos
á castigar su audacia; y que do quiera
de nuestra gloria un enemigo exista
¡que rigurosos la vengamos sepa!

(*Sale con Abner y guerreros; despues le sigue Jonathás.*)

Micol. (*A Jonathás.*)
El cielo te protega, hermano mio.

Jonat. (*Abrazándola con dolorosa emocion.*)
¡Adorada Micol, con Dios te queda!

ESCENA XI.

MICOL. VÍRGENES. (*Algunos grupos del pueblo.*)

Micol. Si en mas dichoso tiempo, amigas caras,
á mi ternura respondió la vuestra;
si corazon teneis, si teneis padre,
consuelo dadme en mi afliccion acerba;
y uniendo vuestro acento con mi acento,
y uniendo con mi pena vuestra pena,
rogando por Saul demos al aire
voz de dolor y canto de tristeza.

Sela. Todas, Micol, contigo rogaremos.

Anciano. ¡Pueda llegar de Dios á la presencia
nuestra tímida voz, y la justicia
á sus piedades infinitas ceda!

Micol. (*Arrojando la cítara.*)
¡A tan fúnebre canto mal se asocian
de este instrumento las doradas cuerdas!
¡al himno de dolor que el pecho exhala
acompaña bramando la tormenta!

(*Los relámpagos brillan con mas frecuencia; á lo lejos sordos y dilatados truenos, que durán lo que dura el canto.*)

Coro gen. (*Todos de rodillas en el atrio del templo.*)
¡Apaga, ¡oh Dios! apaga
los rayos de tu ira;
á todo un pueblo mira
pidiéndote piedad!

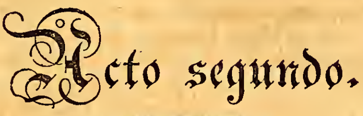
Vírgen. ¿Qué son ante tu trono
los tronos de la tierra?...
¡A un soplo los aterra
tu airada magestad!

Coro gen. Apaga, etc.

Vírgen. Mitiga tu justicia
y sé cual padre blando,
que ostenta perdonando
su dulce potestad.

Coro gen. ¡Apaga, ¡oh Dios! apaga
los rayos de tu ira;
á todo un pueblo mira
pidiéndote piedad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



El teatro representa el valle de Terebinto, donde se hallan acampados los israelitas. La tienda de Saul ocupa la derecha del espectador. Es de mañana, y las colinas, que en forma de anfiteatro se estienden al fondo, aparecen iluminadas por el sol.

ESCENA PRIMERA.

JONATHÁS. MICOL.

Jonat. ¿Es posible, Micol, al campamento
has osado venir?

Micol. Nada he temido
¡oh caro Jonathás! sino que tarde
para prestar al desdichado ausilios
mi diligencia fuese. ¿Dónde se halla?
¿Cómo se encuentra, di?

Jonat. De mis avisos
la imprudencia conozco: en tu semblante
de tu acerbo dolor advierto indicios.

Micol. Pero mi padre...

Jonat. Su dolencia cede:
alli en su tienda está: tal vez tranquilo
descansa en este instante: tu zozobra
procura, pues, calmar.

Micol. Mas el delirio
que tantas horas padeció, ¿qué causa
piensas que tuvo, hermano? No concibo
turbacion tan estraña: ¿de la guerra
un pequeño reves su ánimo invicto

pudo postrar asi?

Jonat. Ya con ventajas
el daño que nos hizo el enemigo
reparado estuviera, si en el campo
no esparciera, Micol, grave conflicto
la situacion del rey. No, no es creible
que en su gran corazon pavor indigno
una leve desgracia causar pueda.

Micol. ¿A qué otra pues podrás atribuirlo?

Jonat. ¡Una mano ¡oh hermana! omnipotente,
es la que postra su valor altivo!
¡Pesa sobre su frente el anatema,
y de Samuel se cumple el vaticinio!

Micol. ¡Me haces temblar!

Jonat. Calmarte pretendia;
mas ves que á mi pesar tiemblo yo mismo.

Micol. Presumes pues...

Jonat. ¡Que la desdicha es grande
del mísero Saul! Cual ciervo herido,
que el dardo agudo en sus entrañas lleva
y lo hunde mas queriendo sacudirlo,
se esfuerza en vano por lanzar del pecho
su secreto terror. ¡Ah! yo le sigo
cuando acosado por afan profundo
sudoso trepa los breñosos riscos,
penetra por cavernas solitarias,
huella los bordes de hondos precipicios,
y arranca del silencio de los montes
medrosos ecos de sus roncos gritos.
Tambien, volando de su lecho al lado
cuando logra alcanzar el sueño esquivo,
entre murmurios de sus labios secos
estos acentos trémulos distingo:
«¡Cual ese sol se eclipsará tu gloria!
»¡Cual esas borlas que en tu mano miro,
»el cetro de Israel que audaz ostentas,
»empuñará á tu vista otro mas digno!»
Y del lecho saltando de repente
le he visto amenazar despavorido,
cual si el objeto que su saña escita
fuese, Micol, aterrador vestiglo.

Micol. De ese mal tan estraño, quizás pueda

la violencia templar nuestro cariño.
No solo Sela me acompaña, hermano,
que al campamento con nosotras vino
un jóven de Belen, cantor insigne.
Su voz conmueve el alma á su albedrío;
calma el furor, mitiga los pesares,
y ahuyenta los espíritus malignos.
Del rey, lo espero, las zozobras tristes
ha de vencer su canto peregrino.

Jonat. Acojo tu esperanza: quiera el cielo...
mas alguien llega... ¡el rey!

Micol. No nos ha visto.

ESCENA II.

LOS MISMOS. SAUL.

Saul. ¡Qué pesadilla atroz!... ¡siempre esas voces
han de sonar siniestras en mi oido!

Micol. (*Llegándose á él.*)
¡Padre del corazon!

Saul. ¡Cómo! ¡qué veo!
¡en el campo Micol!

Micol. Yo te suplico
que indulgente perdones mi osadía.
Sabiendo tu dolencia...

Saul. Mucho estimo
tan estremada prueba de ternura;
mas fueron tus temores escesivos.
Una fiebre ligera... ya ha pasado:
estoy bueno, Micol.

Micol. Mil gracias rindo
por ello ¡oh padre! á nuestro Dios; mas deja
que con llanto de dulce regocijo
bañe tu mano.

Saul. (*Abrazándola.*) ¡Ven! que yo te abrace.
Y tú, mi Jonathás, ¿por qué motivo
ese semblante displicente muestras?

Jonat. Soy dichoso, señor, viendo tu alivio;
mas no te oculto que rubor y enojo
me causa el contemplar cuán decaido
yace el marcial espíritu en tu campo

desde que tus guerreros son testigos
del estraño pavor que te domina.

Saul. (*Indignado.*)
¡Pavor! ¡pavor Saul!... si otro que un hijo
osára pronunciarlo...

Micol. No te alteres;
no ha intentado ofenderte: no ha podido
ser esa su intencion.

Jonat. De nuestra inercia
hace escarnio, señor, el enemigo:
perdona si al recuerdo del insulto
mal el dolor del corazon reprimo.
Un dia y otro á provocarnos sale
del campo del infame incircunciso
el mas fuerte y audaz de los guerreros,
y mil denuestos de su boca oimos.
Reina empero el terror en nuestro campo,
porque tú callas, ¡rey! y en vano aspiro
á disipar recelos dolorosos,
de que tal vez yo propio participo.

Saul. ¡Ay del momento en que sacuda el sueño
el dormido leon! Si en Terebinto
pensaron ver la tumba de mi gloria
los que no ocultan su rencor dañino,
con espanto sabrán que se engañaron
cuando les pruebe que mi inercia ha sido
la calma que precede á la tormenta.
¿Mas qué rumor se escucha?

Jonat. No adivino
su origen, padre, mas saberlo debe
Abner, que llega aqui.

ESCENA III.

DICHOS. ABNER.

(*A mediados de la escena, cuando lo indica el diálogo, bajan de las colinas algunos guerreros, huyendo en desorden. David aparece al mismo tiempo por otro lado, y se mantiene detras, pero á la vista del espectador.*)

Jonat. (*Saliendo al encuentro de Abner.*)
¡Noble caudillo!

¿qué alarma se difunde en nuestras tiendas?

Abner. El fiero Goliat con nuevos gritos
á nuestra gente insulta: nos provoca
llamándonos cobardes, y el impío
no encuentra en Israel un solo acento
que se alce á responder.

Jonat. (*A Saul.*) Dame permiso,
y tendrán hoy castigo sus bravatas.

Abner. Contra aquese gigante es desvarío
presentarse á lidiar solo un guerrero;
yo aplaudo tu valor; ¡mas voy contigo!

Saul. ¡Teneos! ¡yo lo mando! de tu brazo,
de tu consejo, amigo, necesito
para ocasion mas grave: ni consiento
que pasto vil de infame incircunciso
de Jonathás la regia sangre sea.

Jonat. ¡Mira, señor, cuál corren á este sitio
pálidos tus guerreros!

Saul. (*A los guerreros.*) ¡Ah villanos!
¡Como mugeres ó indefensos niños
venís á guareceros de mi escudo,
guerreros de Sion! en sangre tintos,
que no de triste amarillez cubiertos,
os esperaba yo. ¿Será preciso
que por lavar vuestra vergüenza, salga
contra un bastardo á combatir yo mismo,
la magestad del trono deslustrando?
¿En dónde está vuestro valor antiguo?
¿No hay uno que entre tantos se presente
á escarmentar al filisteo altivo?
¡Os lo pregunta el rey!

Jonat. ¡Desventurados!
¡Al honor sordos, al ultraje frios,
bajan los ojos y enmudecen, padre!

Saul. La gloria de Israel está en los filos
de los aceros que en la vaina duermen;
mas si el deber no basta á decidiros,
guerreros de Sion, escuchad todos
mi palabra real, y sed testigos
de la promesa pública y solemne
que por el nombre sacrosanto afirmo.
Juro que aquel que la cabeza postre

del fiero Goliat, cual hijo mio
será acatado en Israel; la mano
de la hermosa Micol por premio digno
recibirá en el templo; de tributo
será esenta su tribu, y en el brillo
de su gloria y poder verán los pueblos
cuánto ensalza Saul al heroismo.
¿Qué respondeis, guerreros?

Micol. (*Ap.*) ¡Dios piadoso!

Jonat. (*Despues de un instante de silencio general.*)
¡Ya lo ves, rey! ¡no sé cómo resisto
á vergüenza tan grande!

Saul. ¡Qué! ¿ninguno
osa aqui responder?... ¡Os lo repito!
¿No hay quien anhele de la lucha fiera
la escelsa gloria?

David. (*Adelantándose con emocion hácia el rey.*)
¡Yo!

Micol. (*Ap.*) ¡Cielos!

Saul. (*A David.*) ¿Qué has dicho?

David. (*Con timidez, que va desapareciendo á medida que habla.*)
Que castigar con tu permiso anhelo
al idólatra audaz, y aunque indeciso
temiendo tu desprecio sofocaba
la voz del corazon, ya no vacilo.
¿Ni cómo tolerar que un filisteo
insulte al pueblo del Señor? castigo
debe tener su empeño temerario,
y en el ausilio del Eterno fio
que dárselo sabré.

Saul. ¿Cuál es tu nombre,
jóven valiente? ¡Di! ¿Dónde has nacido?
¿Qué tribu, qué pais la dicha alcanza
de poseer tu generoso brio?

David. Soy tu siervo David, pastor humilde
en mi patria Belen, y octavo hijo
del anciano Jessé.

Saul. ¿Cómo te encuentras
en nuestro campamento?

David. (*Turbado.*) ¿Yo?... he venido...

Micol. Es famoso cantor; nunca una espada

su mano manejó: vino conmigo
para probar, señor, si tu dolencia
se mitigaba con sonoros himnos.

Saul. Tu habilidad celebro, bello jóven,
y tu valor y decision admiro:
grande aprecio mereces: ¿pero sabes
quién es aquel que retas atrevido?

Abner. Como descuella el corpulento cedro
en la cima del líbano, le he visto
entre guerreros mil alzar su frente
donde grabó Belial odioso signo.

Saul. (*A David.*)
Y tú, tan jóven, cuyo débil brazo
una lanza jamas ha sostenido;
tú, si en los valles de Belen tan solo
los campos cultivar fué tu ejercicio,
y ensayar en el arpa tus cantares,
y llevar tus rebaños al aprisco,
¿piensas que puedes contrastar la fuerza
de aquel audaz idólatra aguerrido?

David. Cuando en los campos de Belen tu siervo
apacentaba sus rebaños, quiso
demostrar el Señor que solo es fuerte
aquel que alcanza su favor divino.
Asi, gran rey, aconteció que un dia
de espeso bosque en el fatal recinto,
un terrible leon asaltó fiero
mis tímidas ovejas: sus balidos
flébiles resonaron, y en desorden
vílas huir del bárbaro enemigo,
que sacudiendo la melena espesa,
con feroz calma y con desden maligno,
ya aprisionaba en sus agudas garras
al mas humilde y débil corderillo.
Mas yo, débil tambien, de Dios el nombre
invoqué con fervor; volé al ausilio
de la víctima inerme, y este brazo
se hizo tan fuerte por feliz prodigio,
que al soberbio animal postró en la tierra
envuelto en sangre, y el postrer rugido,
en que exhalaba su impotente rabia,
devolvieron los montes convecinos.

¡Asi tambien de un oso corpulento
salvé otra vez mi grey, y asi confio
hoy librar á Sion de la vergüenza
con que tolera al filisteo inicuo;
que sin troncharse la flexible caña
sufre el furor del huracan bravío,
cuando sucumben á su ardiente soplo
la encina vigorosa, el cedro altivo!

Saul. No sé qué oculta fuerza en tus razones,
hijas de ardiente fé, que absorto envidio,
confianza me infunden: ¡vé! ¡combate!
¡Yo en el nombre de un pueblo te bendigo!
¡De Gedeon el angel te proteja,
y escuche el cielo tu clamor benígno!

(*David se inclina con respeto, y lanzándose por medio de los guerreros asombrados, sube por la colina y desaparece durante los versos que siguen.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos* DAVID, *y luego* JONATHÁS, *que le sigue cuando lo marca el diálogo.*

Micol. ¡Deténle, hermano, que á la muerte corre!

Jonat. ¿Quién penetra del cielo los designios?
¿Quién limita de Dios la omnipotencia?
¡Corro á verle lidiar! (*Se va.*)

Saul. (*A los guerreros.*) En los peligros
que tímidos huís, con vuestros votos
al que los busca con valor invicto
al menos ausiliad. ¡Seguid sus pasos
invocando al Señor, y si es destino
de la triste Sion que en el combate
su defensor sucumba, yo prescribo
que noble, regio su sepulcro sea,
y ornado en torno de laurel y mirto!
(*Entra en su tienda.*)

ESCENA V.

MICOL. SELA. ABNER. GUERREROS.

Micol. No puedo mas... ¡yo muero!

Sela. (*Saliendo presurosa.*) ¡Micol!
Micol. (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Sela!
Abner. ¡Clamad, guerreros, al Señor divino!
(*Micol permanece desfallecida en brazos de Sela, mientras Abner y los guerreros, entonando la siguiente plegaria, van subiendo lentamente la colina hasta que desaparecen, y luego cesa de oirse su canto.*)

PLEGARIA DE LOS GUERREROS.

Tú que apartando las olas
del rojo piélago hinchado
abriste á tu pueblo amado
camino de salvacion;
y juntándolas hundiste
allá en sus simas profundas
á las huestes furibundas
del tirano Faraon;
dirige, Señor, el brazo
del pastor de Terebinto,
y caiga de sangre tinto
el vil gigante á sus pies.
Acoge el humilde ruego
que eleva tu pueblo triste,
como en Oreb acogiste
la plegaria de Moisés.
Y haz que á la gente dañina
que en contra tuya se armó,
tu pompa aterre divina,
como convirtió en ruina
los muros de Jericó.

ESCENA VI.

MICOL. SELA.

Micol. ¡Oh Sela! ¡le tragimos á la muerte!
Sela. ¡Cálmate, amiga, por mi amor lo ruego!
Micol. ¿Mas sabes á qué lid tan inhumana
se arroja el infeliz?
Sela. De aqui no lejos,

todo, triste Micol, pude escucharlo.
Micol. ¡Ah! ya el castigo á padecer comienzo
de mi loca pasion.
Sela. Dichosa y santa
debe ser pronto, pues por digno premio
tu mano aguarda el vencedor glorioso.
Micol. ¿Pero es dable vencer en tal empeño?
Sela. ¡Pues qué! ¿no lidia por la gloria escelsa
del Dios omnipotente? Crimen creo
poner en duda su favor divino.
Micol. Tú que sola conoces el secreto
que en este triste corazon se esconde;
tú que cual yo conservas el recuerdo
de aquella aurora plácida y hermosa
que á nuestros ojos se ofreció, concierto
dando á la par de las sonoras aves
del sol brillante al Hacedor supremo;
tú que me viste pálida y turbada
al eco celestial de sus acentos,
dejar caer de la temblante mano
las frescas rosas y los lirios bellos,
que destinados á las aras santas
á los pies de un mortal dejados fueron;
dime por compasion: ¿piensas de veras
que confianza en el favor del cielo
puedo, amiga, tener? ¿Me juzgas digna
de un milagro alcanzar tan estupendo?
¡Si David por desgracia adivinando
y sintiendo á su vez el tierno afecto
que ha sabido inspirar, en esa lucha
solo buscase un galardon terreno!...
¡si ofendido el Señor!...
Sela. No; nada iguala
de ese pastor al religioso celo,
y en el divino amor tanto se enciende,
que dudo si á tí misma...
Micol. ¡Te comprendo!
¡Dudas que pueda amarme!... yo bendigo
por ello al Criador. Renunciar puedo
á esa ventura inmensa, si su brazo
soberano le escuda en tanto riesgo.
Sí; ¡omnipotente Dios! ¡toma mi vida,

y conserva á David para su pueblo!
Pero nada se escucha... ¡cuán horrible,
cuán doloroso ¡oh Sela! es el silencio!

Sela. ¡Calla! á la puerta de su regia tienda
aparece Saul.

Micol. Al lado opuesto
está la de mi hermano. ¡Ven! ¡huyamos!
para ocultar mi afan fuerzas no tengo.

ESCENA VII.

SAUL.

(*Sale pensativo, y se deja caer en un banco.*)

«¡Cual ese sol se eclipsará tu gloria,
»y otro verás aparecer muy presto
»que la corona de tu frente arranque!
»¡que te arrebate de la mano el cetro!»
¿Mas quién es? ¿dónde está? ¿por qué se oculta
ese monarca por el cielo electo?
¿El que desluzca de mi gloria el brillo,
debe venir en el misterio envuelto?
¿Será invisible la triunfante mano
que me despoje de mi manto regio?
¿Luchando, cual Jacob, contra una sombra,
he de agotar mi varonil esfuerzo?
(*Levántase con arrogancia.*)
No tan tímido Dios vele sus obras:
muéstrese mi enemigo: ¡yo le reto!
¡Venga con rostro descubierto al campo
á disputarme valeroso el reino,
y aunque le cubra soberano escudo,
á defenderlo me hallará dispuesto!

ESCENA VIII.

SAUL. JONATHÁS.

Voces. (*Dentro.*)
¡Victoria por Sion!

Saul. Vítores oigo...

hácia aqui viene Jonathás. (*A Jonathás.*)
¿Qué es esto?
¿qué indican esas voces?

Jonat. ¡Padre mio,
triunfó David del enemigo!

Saul. ¡Es cierto!
¿Es cierto, Jonathás? ¿tan débil brazo
pudo alcanzar un triunfo tan escelso?

Jonat. Del hecho portentoso el fausto anuncio
vuela do quier en jubilosos ecos.

Saul. ¿Mas cómo fué?

Jonat. ¡Señor! todos oimos
al idólatra audaz y gigantesco,
hacer á gritos insultante mofa
del jóven campeon del pueblo hebreo.
Todos, nuestra vergüenza devorando,
escuchamos sus bárbaros denuestos;
mas lo que entonces presenciamos, padre,
dejó al punto los ánimos suspensos.
Sin coraza ni escudo, la cabeza
ornada solo del gentil cabello,
que en blandas ondas por sus sienes baja,
dejando el noble rostro descubierto,
al monstruo horrible se adelanta el jóven
con firme paso y ademan modesto.
Lo mide aquel con desdeñosa vista
haciendo alarde del bruñido peto
y la fulgente cota, que despiden
de los rayos del sol vivos reflejos;
mientras blandiendo ponderosa lanza,
parece apenas percibir su peso.
Reina, señor, en uno y otro campo
en el momento aquel grave silencio;
solo se escucha del pastor ilustre
la religiosa invocacion, y luego
un ronco grito que el gigante arroja
al embestirle con feroz denuedo.
Mas al instante mismo, despedida
de la honda fué con brazo tan certero
enorme piedra, que silbando vuela
de su ancha frente á sepultarse en medio,
raudal brotando de espumosa sangre

que estiende ante su vista opaco velo,
empapa sus guedejas encrespadas
y baja hirviendo á humedecer el suelo.
Furioso el monstruo cual herido tigre
ruge, y en vano agota sus esfuerzos
sediento de venganza: bambolea
y se desploma el formidable cuerpo,
como la encina descuajada cae
al rudo impulso de huracan violento,
y nuestro grito de victoria ahoga
el postrimer gemido de su pecho.

Saul. No hay duda, Jonathás; la gloria es grande
de un hecho tan insigne. Absorto veo
la milagrosa proteccion que alcanza
ese jóven pastor.

Jonat. Lo guarda el cielo
acaso ¡oh rey! para destinos altos.
Mas Abner llega del feliz suceso
á darte el parabien.

ESCENA IX.

DICHOS. ABNER.

Abner. Gracia divina
hoy alcanzas, Saul. El filisteo,
por el terrible golpe consternado
que le arrebata su mejor guerrero,
abandona su campo y en desorden
se refugia á los montes. Yo precedo
al vencedor ilustre, que á tus plantas
viene á rendir tus ínclitos trofeos,
y te suplico le concedas tropas
para que al punto marche persiguiendo
al aterrado ejército, y alcance
con su esterminio ¡oh rey! triunfo completo.

Jonat. ¡Héle aqui ya!

Saul. (*A Abner.*) Como lo pides sea.
(*Se va Abner.*)

ESCENA X.

SAUL. JONATHÁS. DAVID, *seguido de algunos caudillos israelitas.*

Saul. (*Á David, que se detiene respetuosamente á distancia.*)
Llega, David; la gracia te concedo
de mandar hoy cual único caudillo
la flor de nuestros jóvenes guerreros.
Vé á esterminar al enemigo infame;
mis propias armas revestirte quiero.
(*Pone su casco en la cabeza de David.*)

David. ¡Honra tan grande, oh rey!...

Saul. (*Dándole su espada.*) ¡Hé aqui mi espada!
¡Acrecienta su brillo! De mi aprecio
esta prenda te doy: otra mas grande
has merecido, y la obtendrás muy presto.

Jonat. Sí; de darte de hermano el dulce nombre
haz que llegue, David, pronto el momento
nuevas glorias ganando. Nuestros votos
te seguirán do quiera.

David. Lo que siento
no me es dado espresar. Pastor humilde,
pasé mi infancia de las cortes lejos,
y turbado, confuso en dicha tanta,
trémulo el labio, conmovido el pecho,
solo en el llanto que mis ojos vierten
mi ardiente gratitud mostraros puedo.

Saul. De ostentarla tal vez con altas pruebas
ocasiones te ofrezca el hado adverso.
Se anuncian con fatídicas señales
calamidades á tu rey y pueblo,
y próximo quizás se encuentra el dia
en que reclamen tu glorioso acero.

David. Por mi patria y mi rey mi sangre toda
en holocausto ofreceré el primero.
Hora, gran rey, permite te suplique
que cual ofrenda se presente al templo
la espada del gigante que ha postrado
por medio de tan débil instrumento
el Dios de la victoria: sus bondades

así consiga merecer tu siervo.

Saul. (*Empieza á oirse rumor de pasos y de voces: un instante despues resuena á distancia el clarin guerrero y aparece Abner, que desciende presuroso al valle. En pós suya los guerreros, que cubren las faldas de la colina.*)

Complacido serás; la ofrenda ilustre
llevar yo propio al ara te prometo.
¿Pero no escuchas? á anunciarte llega
ese rumor qne de partir es tiempo.
El agudo clarin te llama al campo;
vuela á ceñirte de laureles nuevos;
¡propicia te los brinda la victoria,
y yo te guardo el galardon escelso!

Jonat. Permite ¡oh padre! que á su lado parta
hoy, como hermano, á dividir sus riesgos.

Saul. Por único caudillo fué nombrado;
solo él merece el ínclito trofeo
que á su valor destino. Las mas fuertes
legiones le acompañan.

Abner. (*Entra Abner en la escena al decir Saul las últimas palabras.*)

Y ya ardiendo
en generosa cólera, se acercan
á vencer ó morir todos resueltos.

Jonat. Parte pues, ¡oh David! pero no olvides
que es preciosa tu vida á todo un pueblo.

David. (*Con entusiasmo, que se exalta mas y mas hasta la conclusion del acto.*)

El Dios de los Ejércitos me inspira:
por su gloria combato; ¡nada temo!

Saul. Hé allí, David, tus bélicas legiones.
¡Su destino te fio!

David. ¡Y yo lo acepto!
¡Siento que cunde por mis venas todas
santo furor, que á reprimir no acierto!
¡Se ensancha el pecho y en el aire aspiro
del angel de la guerra el ígneo aliento!
¡Al combate, guerreros! ¡La columna,
celeste guia que alumbró al desierto
do vagaban las tribus peregrinas,
brilla á mis ojos con fulgor eterno!

¡Al Dios de Sinaí llevo en el alma!
¡La zarza soy de misterioso fuego!
¡Habla por mí la voz que en la alta cumbre
oyó Moisés al retumbar del trueno;
y ante mi vista, por prodigio fausto,
del hondo porvenir rasgado el velo,
del seno de Sion veo elevarse
al resplandor de insólitos portentos,
á Aquel que viene en alas de los siglos
para imponer su yugo al universo!

Jonat. Dios es contigo, sí: ¡marcha al combate!

David. (*Arrojándose con la espada desnuda en medio de los guerreros, que, desenvainando tambien los aceros, repiten su grito de guerra llenos de entusiasmo.*)
¡Al combate!

Guerreros. ¡Al combate!

Saul. ¡Oh!... ¡qué recelo!!

(*Saul, desde que David comienza á hablar á los guerreros se muestra inquieto y preocupado, y al hacer la última esclamacion debe marcar con la espresion de su rostro la sospecha que concibe ya de que pueda ser David el rival favorecido por el cielo y anunciado por Samuel.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Salon del alcázar de Saul con arcos y galerías al fondo.

ESCENA PRIMERA.

MICOL. SELA. *Despues* LAS VÍRGENES DE ISRAEL.

Sela. Sí, Micol, nuestras dulces compañeras
en breve aqui vendrán. Todas ufanas
celebran tu ventura.
Micol. De su afecto
la ternura conozco.
Sela. ¡Qué mudanza
tan próspera en tu suerte, amiga mia!
Ayer por mil zozobras agitada,
temblando por la vida de tu amante,
viendo de un padre la dolencia estraña,
mi pecho penetraron los lamentos
que de tu triste corazon lanzabas.
Hoy de repente victorioso llega
el que es objeto de tus tiernas ansias:
llega; del rey frenéticos delirios
al punto el eco de su canto aplaca,
y para hacerte bienhadada esposa
va á conducirte á las divinas aras.
Micol. ¿Con certeza lo sabes? ¿este dia
se habrá de celebrar esa alianza
porque anhela Israel?
Sela. Falsos rumores,
que la maligna envidia propagaba,
dieron sospechas de que el rey queria
negar el cumplimiento á su palabra

que afirmó con solemne juramento;
mas él, Micol, de desmentir acaba
tan vil inculpacion. Cuando al influjo
de los ecos dulcísonos del arpa
mitigado su mal, pudo tranquilo
el relato escuchar de las hazañas
que ha ejecutado tu pastor glorioso,
esclareciendo el lustre de sus armas;
cuando admirando á par de su modestia
el esfuerzo que prueba en las batallas,
de sus sinceros labios recibia
de eterna lealtad promesas santas;
lo vi yo misma con aspecto franco,
dando de su emocion señales claras,
tender los brazos al mancebo ilustre
mandando que el altar se preparara,
y te enlazase un vínculo solemne
al que nuevo esplendor dará á su casa.

Micol. ¡Bendito para siempre el Señor sea
que dispensa á Israel mercedes tantas!

Sela. Mas tú, Micol, en tan alegre dia,
cuando á partir las glorias del que amas
te destina tu Dios, ¿por qué apareces
con dolorida faz? Di: ¿qué le falta
á tu ventura para ser completa?
¿Qué puedes desear?

Micol. ¡Ah! ¡ser amada!
¿El sentimiento que inspirarme sabe
participa David? ¿Su pecho inflama
el grato fuego que en mis venas siento
por instantes crecer?...

Sela. ¡Oh amiga, calla!
diviso á nuestras caras compañeras
que á revestirte las nupciales galas
vienen al son de cítara y salterio.

Micol. (*Comienzan á oirse las cítaras de las Vírgenes desde antes que aparezcan en la escena.*)
¡Sus tiernos votos mis zozobras calman!

CANTO DE LAS VÍRGENES.

David desbarata

la hueste perversa,
cual nieblas dispersa
la lumbre del sol,
y trae en su mano,
mostrando sus brios,
cabezas de impíos
por dote á Micol.

Micol. (*A Sela.*) El eco de tan plácidos loores
¡cuánto ¡oh amiga! al corazon halaga!

CANTO DE LAS VÍRGENES.

Las aras te esperan;
¡ven, vírgen dichosa!
¡Ya el nombre de esposa
pronuncia David!
¡Al héroe te enlaza
de dicha en el colmo,
asi como al olmo
se enláza la vid!

Micol. Gracias os rindo con cariño tierno,
¡oh dulces compañeras de mi infancia!

Sela. ¡Vírgenes de Sion! ¡ornadla al punto
del nupcial velo y la corona blanca,
pues ya se acerca el suspirado esposo!

Micol. (*A las Vírgenes, que la cercan ejecutando lo que ha dicho Sela.*)
¡Cercadme! ¡sostenedme! que no alcanza
aliento el corazon, y desfallece...

Sela. ¡Héle aqui ya! tu hermano le acompaña.

ESCENA II.

DICHAS. DAVID. JONATHÁS.

Jonat. ¡No asi tiembles, David! llega, y sus labios
confirmarán tu dicha.

David. (*A Jonathás.*) Se acobarda
cada vez mas mi pecho. ¡Me deslumbra
su celeste beldad!

Jonat. (*Tomando la mano de David y presentándolo á Micol.*)
¡Micol amada!

permite que tu hermano te presente
al que con hechos de perpetua fama,
esclareciendo de Israel la gloria
tu mano conquistó.

David. Cuando á tus plantas
llego, hija de Saul, apenas oso
dirigirte mi voz. ¡Tanta distancia
entre los dos el nacimiento puso!

Micol. Esa distancia tu virtud la salva.

David. No, no puedo creer que á mí me otorguen
un bien que no merecen los monarcas
mas grandes de la tierra.

Micol. No imagino
tampoco, que á tus ínclitas hazañas
la mano de una tímida doncella
premio bastante sea.

David. (*Con entusiasmo.*) ¡Oh! si pagara
á precio de mil vidas esa gloria
aun no la mereciera.

Micol. Tú, que arrancas
al porvenir oscuro sus secretos;
tú, que en el vuelo de inspiracion sacra
te remontas al cielo, y en la tierra,
cuando piadoso á sus regiones bajas,
haces oir angélicos conceptos,
¿puedes prestar estimacion tan rara
á una frágil muger, cuya hermosura
vive, como la flor, una mañana?

David. Son grandes de Jehovah las maravillas;
son bellas de su mano soberana
las admirables obras; mas de todas
sus maravillas y sus obras santas,
la primera eres tú. Su poderío
admiré viendo la fecunda llama
del refulgente sol; viendo á la noche
de trémulas estrellas coronadas;
viendo á la mar, del infinito espejo,
romper sus olas en la humilde playa,
y á la tierra ostentar con orden vario
sus selvas, sus llanuras, sus montañas:
mas nunca ¡oh vírgen! por su autor divino
tan grande admiracion sintió mi alma

y tan ardiente amor, como me inspira
su paternal bondad, viendo tus gracias.

Micol. (*A Sela.*)
¡Me ama! ¡sostenme! para tal ventura
no basta un corazon.

Jonat. (*A David.*) ¡Su emocion grata
te revela, David, que eres dichoso!

David. (*Al acabar los dos primeros versos que siguen, Micol se vuelve á él mirándole con ternura y dejando caer su mano con modesto abandono en la mano de su amante, que asiéndola con transporte, pronuncia entonces los últimos versos.*)
¡Oh! si es asi, Micol, que una mirada,
una mirada de tus ojos bellos...
¡Espíritus de amor! batid las alas
y bendecid mi gloria, que en la tierra
no es posible alcanzar otra mas alta!

ESCENA III.

LOS MISMOS. ABNER.

Abner. ¡David! ¡Micol! en torno del palacio
ansioso el pueblo por vosotros clama:
los sacerdotes en el templo esperan,
y el rey por mí su bendicion os manda.

Jonat. ¡Oh dulce bendicion! ¡oh fausto instante!

David. ¡Adorada Micol!

Micol. ¡El templo aguarda!

(*Micol, David, Jonathás y la comitiva de Vírgenes salen de la escena por el lado opuesto de aquel por donde entra en ella Saul.*)

ESCENA IV.

ABNER. *Despues* SAUL.

Abner. ¡Admirable poder de la armonía!
¿Quién pudo presumir que asi trocaras
el ánimo del rey? ¿mas no me engaño?
él viene aqui. ¡Cuán firme se adelanta!
¡Cómo su frente que anubló el delirio
torna á ostentar su magestad pasada!

Saul. ¿Solo te veo, Abner? yo presumia
que el séquito nupcial en esta estancia
reunido se hallase.

Abner. En este instante
acaba de salir y al templo marcha.

Saul. ¡Cuán apacible me parece el dia!
Abre, querido Abner, esas ventanas:
despues de tantas horas de tormento
pueda mirar la luz, beber las auras.

Abner. Terrible fue tu largo desvarío;
mas no repetirá: tengo esperanza.

Saul. Dios inspira á David: su voz ejerce
milagroso poder. Cuando imploraba
piedad del cielo, á mi pesar sentia
en deliciosa uncion mi alma bañada:
y luego, cuando el himno de victoria
al eco sucedió de la plegaria,
¡cómo, agitando á su placer mi pecho,
se ensanchó el corazon, ardiendo en llamas
de generosas iras, al impulso
del santo amor de religion y patria!
Olvida, Abner, olvida para siempre
las que abrigué, sospechas insensatas.
No cabe en ese jóven prodigioso
la cobarde traicion. No se disfrazan
nunca bajo tan nobles sentimientos
criminales designios. Si mis faltas
irritaron al cielo, si son ciertas
del profeta fatal las amenazas,
un angel es David que ya piadosa
la Providencia augusta me depara:
¡un angel mediador por cuyas preces
vuelva á mi pecho su divina gracia!

Abner. Los sacerdotes son, que no el Eterno,
quienes te inculpan y rencor te guardan.
Dique al poder de jueces y levitas
puso el pueblo en el trono; fueron vanas
las tentativas por domar tu orgullo
que hizo al principio la soberbia raza,
y hora para que el vulgo se amedrente
misteriosos desastres te presagia.
Mas no los temas, rey, que ya destruye

el justo Dios sus criminales tramas,
y una prueba daré de mis anuncios
al afirmarte que la voz infausta
que á tu linage reprobó, por siempre
va en breve á enmudecer.

Saul. ¡Samuel!

Abner. En Rama
se encuentra moribundo.

Saul. ¿Quién lo ha dicho?

Abner. Un labrador que de llegar acaba.
Ignorando sin duda que no existe
la amistad que en un tiempo te jurara
el impostor profeta, conturbado
vino á anunciarte cual atroz desgracia,
su ya próximo fin.

Saul. ¿Y aun permanece
en este alcázar?

Abner. Sí.

Saul. Pues sin tardanza
hablarle quiero, Abner.

Abner. Voy en su busca
y oirás como confirma mis palabras.

ESCENA V.

SAUL *solo.*

Saul. (*Sentándose.*)
¡Muere Samuel!... acaso arrepentido
de sus locos furores: mientras tanto
David se enlaza á la familia mia.
¡Un enemigo pierdo, un hijo gano!
Sin duda que embargaba mis potencias
pueril supersticion; fatal engaño.
¡Hora me reconozco! ¡ya respiro!
¡ya no le falta al corazon espacio!
¡siento que puedo bendecir al cielo!

ESCENA VI.

SAUL. ABNER. LABRADOR DE RAMA.

Abner. Aqui de Rama al mensagero traigo.

Saul. (*Al labrador.*) Aproxímate, amigo. ¿Qué noticias

puedes dar á tu rey? ¿Cual siempre amado
es de su pueblo? El labrador tranquilo
que ya no mira devastar sus campos
al fiero amalecita, al filisteo,
azotes de Israel por tiempo tanto,
¿bendice alegre el cetro que lo rige?

Labrad. Ungido del Señor, en tí acatamos
el supremo poder que representas;
mas gran pesar agobia á tus vasallos.
Cubiertos de ceniza los cabellos,
sus vestiduras con dolor rasgando,
los ancianos de Rama en torno lloran
de la morada del profeta santo,
que acaso exhala su postrer aliento
en este instante ¡oh rey! en que te hablo.

Saul. ¿Es tan grave su mal? ¿No hay esperanza?

Labrad. (*Señalando al cielo.*)
Allí la mia está: otra no alcanzo.

Saul. Con profundo terror de su carrera
el término fatal columbra el malo;
mas el justo Samuel sin duda goza
inefable placer, cuando el descanso
va á disfrutar de la callada tumba.

Labrad. Sereno como siempre y resignado
á los decretos del Señor se muestra,
y al observar la pena y el quebranto
que nos causa su muerte, nos anima
con promesas solemnes, cuyo plazo
no está remoto, dice, pues el cielo
las cumplirá, por Israel mostrando
su paternal amor.

Saul. (*Inquieto.*) Y esas promesas
¿qué bien anuncian? ¿qué dichoso cambio?

Labrad. ¿Quieres, señor, que mis palabras rudas
repitan las que salen de unos labios
oráculos de Dios? Yo las venero,
las creo humilde; pero no me es dado
el poder repetirlas.

Saul. Pues al punto
hacerlo debes; ¡porque yo lo mando!

Abner. Reflexiona, señor...

Saul. ¡Silencio! solo

ese hombre debe hablar.

Labrad. (*Turbado.*) A tu mandato
quisiera obedecer, pues soy tu siervo:
¿mas cómo recordar discursos varios
que apenas comprendí? Yo solo afirmo
que el santo moribundo nada infausto
predice al pueblo. Ayer con alegría
mirando, al parecer, tiempos lejanos,
«¡oh Belen! esclamaba: ¡de tu seno
»alzarse veo al rey predestinado!»

Saul. (*Levantándose con ímpetu.*)
¡Belen has dicho!

Labrad. Sin cesar pronuncia
ese nombre Samuel, y grave alzando
la voz, que enmudecer debe tan pronto.
«¡Él triunfará de todos sus contrarios!
»grita con entusiasmo: lo estan viendo
»y no le reconocen: ¡mas no en vano
»se alza el humilde y vence el desvalido!
»Ya rueda el cetro antiguo hecho pedazos,
»y el hijo de Belen de un polo al otro
»estiende el suyo poderoso y blando.»

Saul. (*Fuera de sí.*)
¡Cesa, vil impostor! cesa, ó mi espada...

Abner. (*Deteniéndole.*)
¡Qué haces, Saul!
(*Al labrador.*) Aléjate, que asalto
le vuelve á dar su frenesí furioso.

ESCENA VII.

SAUL. ABNER.

Saul. ¡Oh! ¡qué insensata rabia! ¡yo me exalto
contra un pobre labriego!...

Abner. Tus furores
solo merece el vil que haciendo escarnio
de tu bondad real, nombre de hijo
adquiere para hallarse mas cercano
del trono que codicia.

Saul. ¡Oh implacable
rigor del cielo!... pero no velado

se encuentra ya por hórrido misterio
ese nombre fatal.

Abner. Si; ya el arcano
de los anuncios de Samuel descubres.
El pérfido David, confabulado
con los levitas, á tu cetro aspira.

Saul. Y tú que lo pronuncias ¡insensato!
¿dejas aun que ese pastor respire?

Abner. Dicta tus leyes, rey, nunca fui tardo
en cumplirlas.

Saul. ¡Pues bien! ¿qué te detiene?

Abner. ¿Debe morir?...

Saul. ¡Al punto! yo no indago
si es motor ó instrumento, pues si alberga
saña tan fiera un Dios, debo imitarlo.
Perezca, Abner, perezca sin demora
ese odioso rival.

Abner. ¡Cumpliré el fallo!

ESCENA VIII.

SAUL. JONATHÁS, *que al entrar se encuentra con* ABNER *que sale.*

Jonat. ¿Adónde Abner tan presuroso corre,
y por qué, padre, trémulo, agitado,
te ven mis ojos? ¿La fatal dolencia
se anuncia ya con tétricos amagos?
El feliz dia que celebra el pueblo
¿será, señor, por tu inquietud nublado?
Calma tu corazon; te lo suplico:
que en este instante, para todos fausto,
tranquilo y venturoso te contemplen
tu Micol, tu David, ya desposados.

Saul. ¡Desposados estan!

Jonat. ¡Oh! ¡si testigo
como yo fueras del solemne acto
que me conmueve aun!... lágrimas dulces
hoy vertieran tus ojos, y aliviado
respirara tu pecho. Si, dichoso
con la ventura de tus hijos caros,
tu corazon paterno dilataras

llorando de placer entre sus brazos.

Saul. ¿En dónde está David?

Jonat. Veráslo en breve
con su Micol aqui: mas anhelando
darte yo, padre, el parabien primero,
un solo instante á todos me adelanto.

Saul. ¡Príncipe desdichado! á pesar tuyo
sabrá tu padre conservar intacto
el honor de su estirpe. Su corona
irá á tus sienes sin baldon infando.

Jonat. ¡Qué dices, padre!

Saul. ¡Que en el ara humea
del vil altar, por mi deshonra alzado,
la impura sangre del traidor aleve,
de su iracundo Dios en holocausto!

Jonat. ¡Cielos! ¡qué escucho!...

ESCENA IX.

LOS MISMOS. MICOL. SELA.

Micol. (*Dentro.*) ¡El rey!... ¡vengo en su busca!

Jonat. (*Saliendo al encuentro de Micol.*)
¡Micol!

Saul. (*En ademan de retirarse.*)
¡Micol tambien!

Micol. (*Se presenta en la escesa al segundo verso.*)
¡Padre, te llamo!
¿En dónde estás? ¡oh padre! ¡padre mio!
ven corriendo, que aqui, en los mismos atrios
de tu alcázar real, mi esposo inerme
por el infame Abner es acusado
y perseguido. ¡Padre! ¿no me escuchas?
osa decir que cumple tu mandato,
y matar quiere el pérfido caudillo
al digno esposo que me da tu mano.

Saul. Retirate, Micol: esa sentencia
la dictó mi justicia.

Micol. ¡Qué! ¿tu labio
la muerte pronunció del hijo tuyo?...
¿Tú le condenas?...

Saul. ¡Sí!

Micol. (*Arroja un grito doloroso y cae en brazos de Sela.*) ¡Ah!!

Jonat. Los malvados
le aborrezcan tal vez y le calumnien;
¡mas oye la verdad! (*Señalando á Micol.*)
¡Mira su llanto!

Micol. ¡Una palabra, padre!

Saul. (*Queriendo alejarse.*)
¡Ya está dicha!

Micol. (*Deteniéndole y arrojándose á sus pies.*)
¡No, no te alejarás!... ¡tus pies abrazo!
¡Es inocente mi David! lo afirmo:
¡lo afirmo por el llanto que derramo!

Jonat. (*Arrodillándose tambien.*)
A tus plantas los dos, de su inocencia
juramos darte testimonio claro.

Micol. ¡Padre del corazon! por aquel seno
que es ya ceniza en el sepulcro helado;
por aquel seno do empecé mi vida
y que tanto te amó, mírame blando!

Jonat. ¡Retracta al punto la sentencia cruda!
¡Con David, padre, moriremos ambos,
y en medio de sepulcros de tus hijos
arrastrarás tus canas solitario!

Saul. (*Violentamente conmovido.*)
El cielo, el mundo, contra mí conspiran,
y vosotros tambien... ¡hijos ingratos!
¡Al padre condenais, y al enemigo
que viene vuestra herencia á arrebataros,
á precio de mi sangre que os alienta,
quisierais rescatar!... ¡Sucumbe al cabo,
monarca maldecido!... lo demandan
tus propios hijos ya... ¡no eres amado!

Micol. Tus lágrimas me anuncian, padre mio,
que concedes perdon...

Jonat. (*Levantándose con regocijo.*)
¡Oh! se ha salvado
nuestro caro David.

Saul. ¡Dios lo protege!

Micol. ¡Ven á librarlo, padre!

Jonat. ¡Sí, salgamos!

ESCENA X.

DICHOS. ABNER.

Saul. ¡Abner!
Jonat y *Micol.* ¡Abner!
Saul. ¿Dó está David? ¡responde!
Abner. Protegiéndole el pueblo buscó amparo
entre los sacros muros: los levitas
por su propia malicia preparados
tal vez estaban ya. La turba inquieta
en confuso tropel cerca al santuario,
y las voces de adentro repitiendo
osa á su rey apellidar tirano.
Saul. ¡Oh! ¡siempre los levitas!... ¡pecho inerte!
¡tú ibas á perdonar!... (*A Abner.*)
Que sin retardo
al criminal se arranque de su asilo,
y aquellos que resistan temerarios,
sin distincion de número ni clase
cual rebeldes al rey, sean tratados.
(*Vase Abner.*)
Micol. ¡Piedad, oh padre!
Saul. ¡Aparta! no es mi hija
quien no arde en el furor en que me abraso.
(*Vase Saul.*)
Sela. (*Sosteniendo á Micol.*)
¡Desdichada Micol!
Jonat. ¡Animo, hermana!
voy á salvarle ó moriré á su lado. (*Se va.*)

ESCENA XI.

MICOL. SELA, *y al fin de la escena* JONATHÁS.

Sela. ¡Amiga cara! fia en el Eterno
que salvará á tu esposo: no al desmayo
del desaliento tu valor sucumba.
Micol. ¡Sela!
Sela. ¡Triste Micol!
Micol. De aquel que amo
quiero seguir la suerte: del alcázar

para siempre me alejo: me separo
de los verdugos que la sangre anhelan
del inocente... ¡Sí! ¡sostenme! ¡huyamos!

Sela. ¿Adónde quieres ir, mi pobre amiga?
desfallecida estás.

Micol. Pecho de mármol
tiene mi padre, ¡oh Sela! pues mi esposo
¿en qué ofenderle pudo?

Sela. Oscuro caos
es el alma del rey; mas en el cielo
un monarca reside soberano
que, protegiendo á la inocencia, vela.

Micol. (*Arrodillándose.*)
¡Oh Dios del infelice, por tí clamo!
¡Tú que á Moisés de la sentencia impía
libraste de un monarca sanguinario,
haciendo al viento de su sueño arrullo
y blanda cuna al férvido oceano;
para salvar á tu cantor sublime
alza hoy tambien tu omnipotente brazo,
y haga brillar fulgente su inocencia
tu soplo eterno que encendió los astros!

Sela. (*Levantándola.*
El te ha escuchado, amiga; dale aliento
al débil corazon.

Micol. ¡Me esfuerzo en vano
por sostenerme, Sela! ¡cual de plomo
siento mis pies, y desfallezco y caigo!
(*Se deja caer en una silla.*)

Sela. Permanece tranquila, que yo observo,
y desde esa ventana...

Micol. ¡Di! ¿ves algo?...

Sela. Grupos del pueblo, de tu enlace triste
testigos ¡ay! que el júbilo trocaron
en tétrico dolor.

Micol. (*Levantándose y volviendo á caer.*)
¡Silencio! creo
que oigo pasos: ¡oh cielo!... ¿consumado
está tal vez el crimen?...

Sela. Nada escucho;
mas me parece que en acento bajo
se murmura en el pueblo: sí, se agitan

las apiñadas gentes; los ancianos
se adelantan... tal vez hablar pretendan
al inflexible rey.

Micol. Mas el malvado
caudillo, que en verdugo se convierte,
¿en dónde, en dónde está?

Sela. Veo á tu hermano.

Micol. (*Levantándose trémula.*)
¡Jonathás!

Sela. ¡Jonathás! ¡no hay duda! viene
cubierto de sudor: ¡ya entra en palacio!

Micol. ¡Corre!... ¡yo misma!...
(*Entra Jonathás precipitado.*)

Sela. ¡Príncipe!

Micol. ¡Mi esposo!

Jonat. ¡Bendigamos á Dios! ¡Está ya en salvo!

(*Micol se arroja en los brazos de su hermano con un grito de alegría. Saul aparece al mismo tiempo.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS *y* SAUL, *pero despues de las primeras palabras* SAUL *y* JONATHÁS *solos.*

Sela. ¡El rey!

Jonat. ¡El rey!

Micol. (*Mirando á Saul.*) ¡Qué ceño, hermano mio!

Saul. (*A las dos mugeres.*)
¿Qué haceis aqui vosotras? ¡retiraos!
(*Saul se adelanta al proscenio.*)

Micol. (*A Jonathás en voz baja.*)
¿Ningun peligro corre?

Jonat. (*Lo mismo.*) ¡Te lo juro!

Sela. (*Llevándose á Micol.*)
¡Huye de su furor el primer rapto!
(*Se van.*)

Saul. ¡Jonathás!

Jonat. ¡Padre!

Saul. ¿Mis mandatos quedan
cumplidos ya?

Jonat. ¡Señor! cuando calmados
tus primeros furores, consideres...

Saul. (*Impaciente.*)
¿Se cumplieron, pregunto, mis mandatos!
Jonat. Tu ministro, señor, podrá decirlo,
pues viene aqui.

ESCENA XIII.

SAUL. JONATHÁS. ABNER, *deteniéndose turbado á la entrada.*

Abner. ¡Gran rey! ¡nos han burlado!
Saul. ¿Qué dices!
Abner. Penetré con mis legiones
en lo interior del templo; mas no hallamos
ya al criminal: su fuga diligentes
los mismos sacerdotes prepararon,
y con la espada que arrancó al gigante
vencido en Terebinto, y que tu mano
dejó en las aras por ofrenda eterna,
fué por Achimelech su brazo armado.
Saul. ¡Y vive el vil pontífice!... ¿te atreves
á referir su enorme desacato
sin presentar su criminal cabeza?
Jonat. ¡Padre! no olvides que su augusto rango
le hace inviolable, aun siendo delincuente.
Saul. Quien prostituye su carácter santo,
lo renuncia vilmente.
Jonat. Si asi juzgas,
respeta al menos sus cabellos blancos.
Saul. Respeta tú, si al padre desestimas,
la corona real.
Jonat. ¡Deber sagrado
como hijo, como súbdito contemplo,
cuando veo tus ciegos arrebatos,
hacerte comprender lo que le debes
á la justicia, al cielo!
Saul. ¡Temerario!
Al punto sal de mi presencia. ¡El cielo,
ese cielo que invocas, sus agravios
se alce á vengar, y salve á sus ministros
si patrocina sus infames pactos!
¡Perezcan hoy los sacerdotes todos! (*A Abner.*)

¡Que la ciudad que habitan, en pantano
conviertan mis legiones!

Jonat. ¡Rey!

Saul. ¡Afuera
el débil Jonathás!

Jonat. (*Dejando la escena.*) ¡Rey desdichado!

Saul. (*A Abner.*)
¿Qué aguardas tú?

Abner. Que en calma ratifiques
tus órdenes severas.

Saul. ¿Causa espanto
su ejecucion á Abner?

Abner. ¿Las ratificas?

Saul. ¡Las ratifico!

Abner. ¡Rey! ya nada aguardo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

SAUL. *Despues* SAMUEL.

Saul. ¡Oh vil raza de Aron! ¡desaparece!
harto tiempo tus pérfidos amaños
paciente toleré. ¡Locura ha sido
pensar amedrentarme con presagios,
para postrar mi coronada frente
ante el Dios de furor que habeis creado!

(*Samuel, que aparece al fondo del teatro desde que comienza á hablar Saul, se va adelantando lentamente. Su rostro aparece cadavérico, y anda y habla con debilidad y pena, hasta el punto en que, poseido del espíritu divino, fulmina contra Saul la postrera sentencia.*)

Samuel. ¡Ese Dios ¡oh Saul! no hubo principio,
ni tendrá fin jamas!

Saul. ¡Estoy soñando!
¡esa voz!... ¡Ah! ¡Samuel! ¿tú moribundo
en Rama no te hallabas?

Samuel. Me levanto
por orden del que puede con un soplo
dar la vida y la muerte. Su mandato
me trae, Saul, á que á tu vista rinda

en su seno inmortal mi aliento exhausto.

Saul. ¿Pero con qué designio?

Samuel. Cumplir debo
hasta el fin la mision que se me ha dado.

Saul. Y asi espirante quieres...

Samuel. (*Que se le ha acercado, dice todos los versos que siguen animado de una espresion estraña, que indica el espíritu de adivinacion de que está poseido.*)
¡Calla!... ¿Escuchas
el confuso clamor que aqui llegando
viene á arrullar mi sueño perdurable?
¡Es de un pueblo la voz! ¡eco de llanto
universal, profundo! ¡Es el lamento
que se levanta en torno del cadalso]
do cabezas augustas rodar deben!

Saul. Los sacerdotes fieros, insensatos,
merecieron mi saña.

Samuel. No ha caido
la segur todavía: ¡estan postrados!
¡piden por tí al Señor! ¡piden que sea
temporal tu castigo, y que descanso
te dé la eternidad!

Saul. ¡Ah! ¡cesa!

Samuel. ¡Aguarda!
¡Apartan unos sus cabellos canos;
otros descubren delicados cuellos
do solo pesan juveniles años!
¡Exhala el pueblo funeral gemido
herido de dolor, yerto de espanto!
¡Las víctimas se postran; los verdugos
levantan la segur!...

Saul. ¡Deten sus brazos!

Samuel. (*Con voz profunda.*)
¡Cayeron ya! ¡no existen los levitas!
¡La sangre tiñe sus ropages blancos,
salta de sus verdugos hasta el rostro,
y se estiende formando inmenso lago!

Saul. (*Delirante.*)
¡Lo veo! ¡si! las humeantes olas
rápidas llegan... ¡Ay!! se van alzando,
y salpican mi frente sus espumas...
¡Samuel! ¡detenlas!... ¡pero ya cercado

me tienen por do quier! ¡No hay en la tierra
para pisar Saul ni un solo palmo!

Samuel. (*Haciendo un esfuerzo sobrenatural, pronunciará con voz tremenda los versos que siguen.*)
¡Te engañas, que aun te guarda sepultura,
y á ella muy pronto bajarás, tirano!
¿El eco escuchas de guerrera trompa?
¿sientes el galopar de los caballos?...
Rehaciendo su fuerza el filisteo
las tierras de Israel viene asolando.
¡Mísera tierra que empapada en sangre
de los justos se ve; rios de llanto
no bastan á labrar su mancha eterna,
y mas sangre, y mas sangre, está clamando!

Saul. ¡Samuel! ¡Samuel!

Samuel. ¡Las carníceras aves
vuelan buscando el abundante pasto,
y sobre la ciudad de crimen, tiende
la noche funeral su velo opaco!
¡Baja del solio, príncipe asesino!
¡la corona depon, y el cetro sacro!...
¡Ya te señala el angel de la muerte,
y David llega á recoger tu manto!

(*Samuel, que agota sus fuerzas al fulminar á Saul su última sentencia, cae desfallecido al terminarla.*)

Saul. ¿Quién llama aqui á David?

Samuel. (*Con voz mas débil.*) ¡Lo llama el trono!...
¡y á tí y á mí la eternidad!

Saul. ¡Oh infausto
acento, que me anuncias incesante
la cólera de un Dios, nunca te acallo!

Samuel. (*Desfallecido.*)
¡Ya enmudece, Saul!... ¡el tuyo eleva!
Dios castiga y perdona... pues acabo
mi terrible mision, hora al Eterno
ruego... ruego por ti... ¡rey desdichado!

Saul. ¡Ruegas por mí! ¡perdonas!... ¡es ya tarde!
tú el abismo me abriste, y á cerrarlo
no alcanza tu poder. ¡Alzate, impío!
cual sombra de Saul sigue sus pasos,
para que arrulles su perpetuo sueño
con la atroz maldicion que le has lanzado.

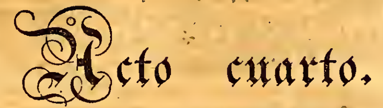
¡Levántate, Samuel!
(*Se acerca asiéndole del brazo.*)
¡Ah! ¡no respira!

ESCENA XV.

LOS MISMOS. ABNER.

Abner. (*Entrando presuroso.*)
¡El enemigo, rey!...
Saul. (*Interrumpiéndole.*) ¡Basta! su labio
aquí me lo anunció: mas yace mudo
ya para siempre, Abner; ¡y allá en sus astros
su oráculo tambien tiene el infierno!
Abner. ¡La Pitonisa!
Saul. ¡Que me siga al campo!
Del arrepentimiento ya por siempre
para Saul las puertas se cerraron;
que venganza me ofrezca el negro abismo,
y por las suyas con placer me lanzo.
¡Vaya á buscarme el Dios que me persigue
allá en la liza do por él combato,
y á su despecho como á rey me hunda,
mas no me huelle como á vil esclavo!

FIN DEL ACTO TERCERO.



El teatro representa el campo de los israelitas al pie de los montes de Gelboé. El terreno es árido y fragoso. Vénse hácia un lado algunos trozos de rocas desnudas y al otro un peñasco. Es la alta noche: la luna, próxima á su ocaso, se va ocultando detras de los montes. En las últimas escenas del acto amanece.

ESCENA PRIMERA.

DAVID. JONATHÁS.

(El uno entra por un lado, y el otro por el opuesto un instante despues: ambos en trage guerrero.)

David. No, no me engaño; el campamento hebreo
logro encontrar al fin: la opaca luna,
ya próxima á su ocaso, la alta cima
de Gelboé, con su destello alumbra.
¡Vélate, astro de paz! cual foragido
que teme que sus huellas le descubran,
solo puedo pisar el suelo patrio
entre las sombras de la noche oscura.

Jonat. (*Entrando en la escena sin ver á David.*)
Descansan todos, y el contrario aleve
tal vez la noche aprovechar discurra
para caer sobre el desierto campo.
Por el cuidado del caudillo supla
mi vigilancia activa.

David. (*Ap.*) Me parece
que alguien habló.

Jonat. (*Ap.*) De un hombre que procura
recatarse, la sombra allí distingo.

David. Alguno se aproxima... sí, no hay duda;
centinela será.

Jonat. (*Alto.*) ¿Quién á deshora
en la tiniebla y soledad nocturna
espía el campo de Israel?

David. Guerrero
como tú soy.

Jonat. ¡Tu nombre dime!

David. Nunca
podrá olvidarlo el filisteo: ingrato
hoy lo agravia Israel.

Jonat. Lo que articulas
solo á un nombre conviene: ¡David!

David. ¡Basta!
El que á pesar de execracion injusta
contra David lanzada, honra su nombre,
el suyo ilustre pronunciar escusa.
¡Querido Jonathás! (*Se descubre.*)

Jonat. ¡Hermano mio! (*Se abrazan.*)

David. ¡Cómo este llanto bienhechor endulza
los acerbos dolores de mi pecho!...
¡cuánto amargó mi vida vagabunda
al temor de perder tu amistad cara!

Jonat. Tales recelos mi constancia injurian:
en pós de tí los votos de mi afecto
iban do quier, David: noticias tuyas
inútilmente demandaba á todos;
y los falsos delitos que te imputan
con calor desmintiendo, de mi padre
esperaba aclarar la mente ilusa.
¡Oh cuántas veces su furor me atraigo
sin poder descubrir la mano oculta
que urde en tu daño tenebrosas tramas!

David. ¿Y Micol, Jonathás?... ¿en su alma pura
un recuerdo conserva del proscrito
que osó esperar en plácida coyunda
vivir unido á su existencia hermosa?

Jonat. Desde aquel dia de tu triste fuga,
Micol, sumida en incesante duelo,
marchita con el llanto su hermosura.
Su fé te guarda con firmeza heróica,
como su pecho su vestido enluta,

y á las plantas del rey mil veces llega
maldiciendo las voces que te inculpan,
y reclamando el adorado esposo
en quien su orgullo y su esperanza funda.

David. ¿Mas se halla aqui Micol?...

Jonat. Tan deplorable
es su estado fatal, desde que viuda
y esposa al mismo tiempo se contempla,
y tantas veces su razon se turba,
que el rey temió dejarla en abandono
y consigo la trajo. Le tributa
cuidados cariñosos, y á su vista
el ceño templa de la frente adusta.

David. ¡Oh vírgen adorada!... ¿Podré verla?

Jonat. Tú deliras, ¡David! pues lo preguntas.
¿Olvidas dónde estás?... ¿No consideras
que de Israel las tiendas te circundan?
¡Aquella es la real!

David. ¿Donde mi amada
gime en la soledad?...

Jonat. ¡Donde sañuda
la envidia yace que escitó tu gloria,
y el odio insomne á la sospecha aguza!
¡Un acento, un suspiro que aqui exhales
puede alli resonar!—¡Oh! ¡las resultas
teme, David, de tu imprudencia estraña!
¿Qué falaz esperanza te deslumbra?
¿Estás ansioso de morir, ó ignoras
que aqui te aguarda perdicion segura?

David. Sé, Jonathás, que el campo de mi pueblo
es este: sé que la guerrera lucha
va presto á renovarse; que el contrario,
á quien antiguos daños estimulan,
corre veloz, sediento de venganza,
con grande fuerza y con tremenda furia.
¡A morir vengo, sí; mas en el campo
por mi patria lidiando; sin que aguda
espada alcance de mi rey al pecho,
si paso por el mio no se busca!

Jonat. El valor, la virtud dictan tus voces;
mas no dejes, David, que te seduzcan
y te hagan sordo á la prudencia cauta.
¡Ella te habla por mi; su voz escucha!

Los sacerdotes míseros recuerda,
y un nuevo crimen á tu rey escusa.

David. ¡Los sacerdotes! ¡ah!

Jonat. Pobre ruina
es ya la triste Nobe, y sepultura
de los que fueron del Señor ministros.
Uno solo escapó. ¡Dios de la cruda
matanza, á Achimelech salvó piadoso,
y huyendo el infeliz, acaso encubra
su santa vida en estrangero suelo,
regando con su llanto de amargura
el duro pan que la piedad le otorgue!

David. ¡Sol, que alumbraste la sangrienta culpa,
jamas devuelvas á la infausta tierra
el sacro fuego de tu luz fecunda!
¡Que vertiendo Sion perpetuo llanto
en noche eterna su ignominia encubra!

Jonat. Tú borrarla sabrás: tú eres la espada
del angel vengador... sí, me lo anuncia
estremecida el alma, y en mi oido
voz misteriosa sin cesar murmura.
«Vástago de Saul, tu frente postra,
que ya florece y colosal se encumbra
el arbol santo, que en remoto dia
fruto dará de gracia y de ventura!:..»
Mas antes que el destino nos separe,
antes que el fallo celestial se cumpla,
deja te estrechen mis amantes brazos,
y un beso imprima en tu cabeza augusta.

(*Se abrazan con recíproca y profunda emocion.*)

David. ¡Hermano caro!....

Jonat. Sí, tu hermano he sido:
no lo olvides, David; riegue mi tumba
tu llanto fraternal, y mi memoria...

(*Su voz queda ahogada por la emocion.*)

David. Cesa por Dios: ¡el alma se atribula
con tus acentos, Jonathás!...

Jonat. (*Quitándose su casco, y poniéndolo en la cabeza de David.*) En prenda
de mi fiel amistad, deja que cubra
tu heróica frente mi guerrero casco,
y ese, que premio fué de tu bravura
de Terebinto en el frondoso valle,

permíteme ostentar.

David. (*Dándole el suyo.*) Valor te infunda
este emblema de triunfo; ya en mi frente
brilla la insignia que tu gloria ilustra.
¿Mas no sientes rumor?

Jonat. Sí; con presteza
dejemos este sitio: las alturas
del convecino monte el filisteo
ocupa ya, y apenas sustituya
la tibia aurora á la profunda noche
que ya toca á su fin, sin duda alguna
se lanzará al combate: allí nos halle
las primicias buscando de la lucha.
¡Al campo, hermano!

David. ¡Saludar anhelo
en él al sol cuando en oriente luzca!

ESCENA II.

SAUL. ABNER.

Abner. Todo en sosiego está, é ilusion creo
de tus sentidos, que el desvelo turba,
la voz que percibir imaginaste.

Saul. La Pitonisa sin demora acuda
á este lugar: irrita mi impaciencia
ver la tenaz y pérfida repulsa
que hace de nuestros ruegos y amenazas.

Abner. Solo cedió á la fuerza, pues su impura
caverna, nunca á abandonar se presta.
Mas hora su disgusto disimula,
y tu mandato espera.

Saul. Venga al punto,
mas con misterio sea: que ninguna
persona la conozca.

Abner. Todos duermen:
solo tu hija, señor, cual acostumbra
al reposo se niega, y en tu tienda
al compás de la cítara, modula
lúgubres tonos.

Saul. ¡Desdichada niña!
Venga esa maga. (*Vase Abner.*)
En su dolor me acusa
tal vez Micol: á comprender no alcanza

la desigual y formidable pugna
que sosteniendo estoy. ¡Mis propios hijos
insensato y cruel, tambien me juzgan!

ESCENA III.

SAUL. LA PITONISA DE ENDOR. ABNER, *que luego se retira, y al final la sombra de* SAMUEL.

Pitonisa. (*Se oye su voz antes de aparecer en la escena.*)
¿Por qué arrancarme á mi pesar ¡oh insanos!
de mi triste mansion?... ¡Dejad que huya!
Yo no conozco el mundo de los hombres:
de vuestro sol la lumbre me importuna,
y pronto debe aparecer triunfante.
¡Dejadme ir! mi lúgubre espelunca
es el imperio de la eterna noche;
mas en ella se enciende, sin que luzca
para profanos ojos, luz de ciencia,
sol misterioso que jamas se anubla.
Abner. Pronto á tu asilo volverás, mas debes
pruebas dar de la ciencia en que se funda
tu justo orgullo. (*Vase, señalándole á Saul.*)
Saul. Llega: yo te aguardo:
¿sabes quién soy, muger?
Pitonisa. El que con ruda
violencia aqui me arrastra, solo dijo
que eras guerrero de modesta alcurnia:
mas sé tu nombre.
Saul. ¡Dilo! de tu ciencia
esa señal me da.
Pitonisa. Si de ella dudas,
¿por qué ¡Saul! á tu presencia vengo?
Tú, que en un tiempo con insana furia
á mis tristes hermanos perseguías,
¿por qué me llamas hoy?
Saul. No he sido nunca
el enemigo de la ciencia: cuando
los magos perseguí con saña injusta,
era instrumento de envidiosa raza
que gobernaba mi razon ilusa.
Los sacerdotes y Samuel, lanzando
contra vosotros pérfida calumnia,
estendieron la voz de que el infierno

vuestro acento dictaba.
Pitonisa. Solo es una
la gran cadena de los seres: toca
un estremo á la nada, y la otra punta
en el cielo se pierde. ¿Quién las llaves
tiene del porvenir, ó quién usurpa
derechos del que guarda en lo infinito
el foco eterno de sapiencia suma?
Toda voz es de Dios, si verdad habla.
¿Qué voz pudiera semejar la suya?
Cuando esa voz esplica los arcanos
á par el cielo y el infierno escuchan;
que ella en la inmensa creacion resuena,
y de la cumbre hasta el abismo cruza.
Saul. Poco me inquieta ya que el cielo sea,
ó el infierno quien oiga mi consulta.
Haya un poder contrario á mi enemigo,
y á él se liga Saul.
Pitonisa. ¿Mas qué te impulsa,
mísero rey, á conducir mi mano
con loco empeño á la funesta urna
donde el destino sus secretos guarda?
A esa fatal curiosidad renuncia:
¡Yo te lo ruego!
Saul. (*Impaciente.*) Si apariencia solo
no es tu vasto saber, ¿cómo te escusas
de ostentarlo ante mi?
Pitonisa. ¡Rey desdichado!
¡no está mi alma de piedad desnuda!
Saul. Penetro tu intencion: amedrentarme
presumes con imágenes confusas
de fingido terror, y escapar piensas
sin que patente sea tu impostura.
¡Mas no lo has de lograr! confiesa al punto
tu ignorancia, muger, si no pronuncias
lo que saber pretendo.
Pitonisa. ¡Tú lo quieres!
¡Y bien, rey de Israel! ¿qué me preguntas?
Saul. El odioso rival que hallar anhelo,
¿en qué confin recóndito se oculta?
Pitonisa. Cerca de tí respira.
Saul. ¿De mi cerca
puede hallarse David?...

Pitonisa. Sus huellas busca
en la tierra que pisas.
Saul. ¿No me engañas?...
Pitonisa. No te engaño, Saul.
Saul. ¡Oh! ya columbra
mi mente la verdad. Del filisteo
se hace amigo el traidor: ¡le presta ayuda,
y se introduce como vil espía
de su pueblo en el campo!
Pitonisa. ¡Tú lo juzgas,
que no yo, rey!
Saul. ¡Allí, donde se encuentra
ansiaba hallarle mi furor! ¡Ocupa
un puesto digno de su escelsa gloria!
¡Oh! ¡que al incircunciso se reuna!
¡que con él venga á disputarme el cetro;
ya mi impaciencia á su pereza acusa!
Pitonisa. ¡Sí! ¡le verás por tu desgracia tarde!
Saul. ¡Aun en los bordes de la tumba oscura
conmigo le hundiré!
Pitonisa. ¡Qué horrible suerte!
¡El negro espanto mi garganta anuda!...
un helado sudor cubre mis miembros...
¡oh, qué cuadro fatal!... ¡mi vista ofusca
denso vapor de sangre!... ¡Deja, deja
que á lo mas hondo de mis antros huya!
Saul. ¡No! ¡que esplicarme sin misterios debes
cuanto ese horror artificioso anuncia!
Pitonisa. ¡No lo intentes jamas, padre infelice!
Saul. ¡Pitonisa de Endor! sobrado abusas
de mi paciencia ya: tiembla si escede
á mi bondad la pertinacia tuya.
¡Descorre el velo de mi suerte! ¡quiero
penetrar hasta el fondo!
Pitonisa. ¿No retumban
allá en tu corazon las roncas voces
que pronunció su boca moribunda?
Saul. ¡Samuel! (*Estremeciéndose.*)
Pitonisa. ¡Cayó, cuando la pura sangre
de los hijos de Aron, que humea inulta,
manchó tu frente regia: allí se ostenta!
(*Saul lleva maquinalmente su mano á la frente, y la deja caer sobre su pecho.*)

Sí, tu mano la toca; mas convulsa
cae, y en tu pecho criminal se ensaña,
cual si intentara desclavar la aguda
flecha del punzador remordimiento.
¡Es ya tarde, Saul! la enorme suma
se completó de tus delitos. Llega
el momento cruel: ¡fuerza es que sufras
la horrible espiacion!

Saul. ¡Oh! ¡si no quieres
que de tu acento mi furor deduzca
que eres órgano vil de mi enemigo,
pruébame tu verdad!

Pitonisa. ¿Quieres que acuda
á atestiguarla un muerto?...

Saul. ¡Quiero, maga,
que de mi tolerancia no hagas burla!
¡De cuanto has dicho la verdad me prueba,
ó castigo tendrá tu infame astucia!

Pitonisa. ¡Tiembla, infeliz, si accedo á tu demanda!

Saul. ¡Tiembla por tí, ¡muger! si lo rehusas!

Pitonisa. ¡Lo quieres!

Saul. ¡Te lo mando!

Pitonisa. ¡Desdichado!
¿Ves esa roca estéril, negra, ruda,
como tu corazon? En sus escombros
tú y el renuevo de tu estirpe augusta
muy pronto envueltos yacereis.

Saul. ¡La prueba!

Pitonisa. (*Le lleva con violencia al sitio que le ha designado. La roca se estremece y cae á pedazos, dejando ver la sombra de Samuel, al principio confusa y progresivamente mas distinta.*)
Ven á buscarla ¡rey!... ¿de qué te asustas?

Saul. Estos escombros que á mis plantas ruedan
anhelan sepultarme... ¡se acumulan!
¡Suelta, hija del infierno!... ¿qué pretendes?

Pitonisa. Probarte mi verdad, pues de ella dudas.
¡Alza los ojos, rey!

Saul. (*Cayendo de rodillas.*) ¡Samuel!

Pitonisa. ¡Su sombra
se alza á prestarme testimonio: escucha!
(*Desaparece por entre las peñas.*)

Saul. ¡Samuel! ¡Samuel! ¡oh sombra despiadada!

Sombra. ¡Rey de Israel, hollando estás la tumba
de tu estirpe infeliz: te estan llamando
las victimas de Nobe con voz muda,
y á encontrarlas irás apenas se alce
el nuevo sol que en el oriente apunta!

(*La sombra vuelve á velarse y desaparece. Saul arroja un hondo gemido y queda sin sentido.*)

ESCENA IV.

SAUL. ABNER.

Abner. ¡Saul! ¡Saul! ¡qué veo! ¡escucha! ¡alienta!
¡Mas apenas respira! Yerta, mustia
está su frente, y un sudor de hielo
todos sus miembros lánguidos inunda.
¡Mísero rey! ¡Saul!

Saul. (*Respirando con fuerza, y haciendo esfuerzos por incorporarse.*)
¡Ah!! ¿quién me nombra?

Abner. La agitacion que la batalla anuncia
¿no percibes, oh rey? La muerte impía
ya la pereza de tu espada acusa.
¡Al campo avanzan enemigas huestes
como las olas de la mar sañuda,
y la voz de un ejército te llama!

Saul. Mas... ¿dónde está Samuel?

Abner. ¿Qué idea absurda
hora te asalta? De Samuel no resta
mas que el mísero polvo. Que sacuda
tu severa razon vanos terrores.

Saul. (*Señalando el sitio en donde apareció la sombra.*)
¡Allí le he visto, Abner!

Abner. ¡Oh desventura
de la triste Sion! ¡qué! ¿su monarca
en un momento el esplendor deslustra
de tantos años de envidiable gloria?...

Saul. ¿Por qué tales recelos? ¿Por qué injurias
con ellos mi valor? bien me conoces,
y conoces la mano que me abruma...
¡Me abruma, Abner! ¡pero jamas me postra!
vuelve la vista: ¡mira! ¡se derrumba
peña tras peña el enriscado monte,
y de espectros furiosos negra turba

se lanza contra mí! ¡mas no los temo!
¡Míralos! mi desprecio los insulta:
frenéticos me acosan: mas en balde
quieren domar mi orgullo: ¿ves? sus uñas
me clavan en el pecho, desgarrando
vena por vena, sin dejar ninguna...
¡Ellos se ceban; pero yo me burlo!
(*Suelta una carcajada convulsiva y profunda.*)

Abner. ¡Saul! ¡Saul! tu juicio se perturba;
vuelve en tu acuerdo: tu razon recobra;
yo por tu gloria ruego; no reduzcas
á humo la fama de tan luengos años.
¡Oye! ¡los ecos del clarin retumban!
Ya marchan al combate.

Saul. (*Desenvainando la espada.*) ¡No imaginen
adelantarse á mí! Brilla desnuda
ya en mi diestra la espada: fué temida
y sabrá serlo aün: ¡que se reunan
el cielo y el infierno!... contra todos
combatiré tenaz. ¡No, no presuman
que les pida merced!

Abner. Nunca la halle
en tu pecho real la infame chusma
que provocarnos osa.

Saul. ¡Mi corona,
mi manto dame!... insignias tan augustas
jamas, vivo Saul, han de faltarle,
¡y si perece que con él se hundan! (*Vanse.*)

ESCENA V.

ACHIMELECH. MICOL.

(*Entra en la escena Achimelech en trage sacerdotal por donde antes David, y mientras dice los últimos versos de su breve monólogo, aparece Micol trepando á la cumbre del peñasco, de donde baja presurosa cuando le habla el pontífice. El trage de Micol es negro, y lleva la cítara en la mano.*)

Achim. Este es sin duda de Israel el campo:
la mano que á este sitio me encamina
con invisible impulso, hora detiene
de súbito mi marcha, y aqui fija
mi fatigada planta. ¿Qué misterio

es este, eterno Dios! ¿Por qué me guias
adonde alienta el bárbaro monarca,
cuyas manos sacrílegas aun tintas
estan en nuestra sangre? Tú, que escudo
prestaste á mi cabeza en aquel dia
de horrible mortandad, ¿por qué me mandas
presentarme yo mismo á la cuchilla
del verdugo cruel?... ¡Mas te obedezco!
aqui me hallará el sol que la alta cima
á iluminar de Gelboé comienza.
¿Pero es error de la engañosa vista?
¿esa muger que trepa por las rocas
no es la jóven Micol, de Saul hija?

Micol. ¡Oh sol, sublime sol! ¡rey de los astros!
¡foco eterno de luz! ¡fuente de vida!
¡perdona si con lágrimas contemplo
el fulgor sacro de tu llama activa,
que ingrata luce á los cansados ojos
si eterna noche el corazon abriga!

(*Preludia en la cítara un acompañamiento grave y triste.*)

Achim. ¡Cuál me conmueve su doliente aspecto!
Humo ligero que aquilon disipa
fué tu ventura, ¡desolada esposa!
Mas va á cantar: ¡qué tristes melodías!

CANTO DE MICOL. (1)

¿En dónde estás? ¡oh escudo del valiente!
¿En dónde estás? ¡oh electo de la gloria!
¡Devoró el rayo el lauro de tu frente,
y á su hijo desconoce la victoria!
Mil palmas por alfombra
hollabas hoy bizarro:
¿á dó lanzaste de tu triunfo el carro?
¡Se disipó cual sombra!
¡Aguila audaz, que remontando el vuelo
hollaste altiva la desierta cumbre,
y aspirando los hálitos del cielo
del sol bebiste devorante lumbre!

---

(1) Este canto, que puede ser dirigido por Micol á su esposo errante y perseguido, conviene todavía mas á Saul, que en aquellos momentos sucumbia á la suprema justicia que desafiaba en su soberbia.

¿Por qué cercan tus ojos
impenetrables brumas?
¡De tus soberbias alas son las plumas
del huracan despojos!
¡Perdieron ya sus garras los leones;
pues huye el fuerte, y su broquel quebranta!
¡A recorrer las pálidas legiones
el angel de la muerte se adelanta!...
Baja de cima escueta
de buitres ráuda nube,
mas es tardo su vuelo cuando sube...
¡porque se va repleta!

Achim. ¡Oh! ¡qué lúgubre canto, vírgen triste!
¡Micol! ¡esposa de David! mitiga
tu acerbo lloro: el cielo me revela
que una grave mudanza se aproxima
en el destino del que adoras.

Micol. ¡Cielos!
¡La frente ornada de la sacra mitra
un hombre veo!

Achim. ¡El último que resta
de una estirpe infeliz! ¡Rama marchita
de aquel tronco de Aron, á cuya sombra
tanto creció la gloria israelita,
es, hija de Saul, el peregrino
que miras ante ti!

Micol. ¡No se alucinan
mis ojos!... ¡ese rostro venerable!...
¡Achimelech!... ¡Achimelech! ¡bendita
la suprema bondad! ¿vives y vienes
ministro de perdon, nuncio de dicha?

Achim. A lo que vengo ignoro: ¿quién penetra
los designios de Dios? mas pronostica
mi corazon, que tu inocente esposo
alcanzará por fin alta justicia.

Micol. Acojo tan benéfica esperanza.
¡Pontífice sagrado! tú le inspiras
aliento al corazon con tu presencia.
¿Mas cómo aqui te encuentras, en un dia
en que la sangre regará los campos?
Hoy Israel batalla decisiva
presenta al filisteo, y yace ausente
David... ¡David que sostener debia

la gloria de Sion!

Achim. ¡Qué! ¿la batalla
hoy se dará?

Micol. ¡Y acaso se encarniza
en este instante: sí; nadie aparece!
¡desierto el campo está!... ¡Todo confirma
mis súbitos recelos! Lo aseguro:
combaten ya: mi pecho lo adivina.

Achim. ¡Dios protege á su pueblo!... confianza
ten, hija de Saul: ¿pero no miras
venir corriendo con espada en mano
á un guerrero?

Micol. ¡Es el rey! ¡su encuentro evita!

ESCENA VI.

MICOL. SAUL.

(*Achimelech se retira al fondo del teatro. Saul sale á la escena despavorido; la espada en la mano y la corona en la frente.*)

Saul. ¡Siempre me has de seguir, sombra implacable!

Micol. Padre, ¡qué dices!

Saul. ¡De la saña antigua
arde en tu exhausto corazon el fuego,
y enciende las inmóviles pupilas
de tus nítidos ojos! —¿Mas adónde
me quieres conducir? ¿Por qué esas filas
de sangrientos espectros te acompañan,
que tendiendo sus manos amarillas
y exhalando sus hálitos de muerte,
me llaman, me trastornan, me fascinan?
Oh, ¡qué vértigo atroz! ¡cual hojas secas,
que el viento con su soplo arremolina,
peñascos, sacerdotes, batallones,
con ráudo movimiento en torno giran!

Micol. ¡Vuelve en tí, padre! tu ofuscada mente
engendra esas visiones.

Saul. (*Sin oirla.*) ¿Mas no brilla
en mi diestra la espada?... ¿por qué emprenden
los hijos de Sion cobarde huida?...
¡Volved! ¡volved! el grito de la gloria
llama á Saul: para abatir la inicua
raza del filisteo, armó mi brazo

el angel de la muerte. ¡Corre, aguija,
caudillo de Israel, á tus legiones!...
¡Suena el clarin!... ¡al campo!... ¡aprisa, aprisa,
mis valientes!... ¡tened! ¡me cierra el paso
un piélago de sangre sin orillas,
hondo, espumante, inmensurable!...

Micol. ¡Padre!

Saul. ¡Mirando estoy una profunda sima!
¡Es el sepulcro de una estirpe entera!
¡De una ciudad las humeantes ruinas!

ESCENA VII.

LOS MISMOS. ABNER.

Abner. (*Entrando precipitadamente y desarmado.*)
Su voz escucho.

Micol. ¡Abner!

Saul. ¿Dónde me hallo?

Abner. ¡Sálvate, oh rey, de la fatal mancilla
de ser esclavo; pues vencidos somos!

Saul. ¡Vencidos!... ¿quién lo dice?...

Abner. Fugitivas
he visto nuestras tropas.

Saul. (*Como saliendo de un sueño.*) ¡Sí! ¡recuerdo!...
¡vencido está Israel!... ¡en vano escita
mi voz á los guerreros!... ¡me abandonan,
y no descubre mi afanosa vista
al enemigo cuya sangre anhelo
ir á beber entre la turba impía!

Abner. Piensa en tu suerte, rey; si aqui te quedas
de vil esclavitud sentencia firmas.
Evitarla tan solo huyendo puedes
y el mismo Dios tu fuga patrocina.
Cuando al campo dejé por encontrarte
y librar del peligro á tu familia,
allá un guerrero intrépido quedaba,
que á las vencidas huestes detenia
y á nueva lid las escitaba. Muchos
de tus guerreros á su voz se animan,
y volviendo la frente al enemigo
por salvar á su rey se sacrifican.
Huye pues sin demora: las cadenas
del vencedor no aguardes.

Saul. ¡Ya cumplida
vas á ver tu amenaza, Samuel fiero!
¡Ven! ¡ya la gloria de tu rey se eclipsa!
¿En dónde os ocultais, sombras airadas,
cuando la obra magnánima termina?
¡Venid corriendo á recoger el lauro
de este triunfo glorioso! ¡La predicha
dominacion de vuestro electo aclame
el idólatra vil que nos humilla!
¡Alce su trono en el sangriento campo
con los despojos que la muerte hacina,
y luminarias á la pompa presten
con fulgor rojo funerarias piras!
Micol. ¡Oh dia de dolor!
Abner. Veo en tumulto
guerreros que á este sitio se aproximan.
Saul. ¡Fugitivos serán!
Abner. ¡Tal vez ¡oh cielo!
la vencedora gente nos persiga!
Saul. (*Adelantándose por el lado en que se oye el tumulto.*) ¡Venga en buen hora, que á encontrarla salgo!
¡Pero qué veo!... ¡Abner! aquella insignia...
aquel casco real... ¡oh! ¡lo conozco!
¡mi mano armó con él su frente indigna!
¡Potencias del abismo! ¡yo os aplaudo!
(*Se lanza dentro.*)
Micol. ¡Deten su brazo, Abner! (*Abner sigue á Saul.*)

ESCENA VIII.

ACHIMELECH. MICOL.

Achim. (*Saliendo de donde se habia ocultado.*)
Que en mi sus iras
sacie el cruel; mas á impedirle corro
otro crimen mayor.
Micol. (*Mirando dentro.*) ¡Ya no lo evitas!
¡Ah! por dos veces su funesta espada
al pecho penetró, y en sangre tinta...
Achim. ¿Mas es David la victima?
Micol. ¡Su casco,
y el furor del verdugo lo atestiguan!
Achim. ¡Qué horror!

Micol. (*A Saul, que entra en el instante que ella sale.*)
¡A ese cadáver enlazados
vuelve á buscar los restos de tu hija!

ESCENA IX.

AMICHELECH. SAUL. ABNER.

(*Se oye rumor de pasos y voces.*)

Achim. ¡Qué has hecho, rey! ¿con hórridos delitos
provocas aun á la eternal justicia?
Saul. (*Con alegría feroz y delirante.*)
¡Ah! ¿me escuchásteis? ¡á cantar victoria
salís gozosos de la tumba fria!...
mas burlada encontrais vuestra esperanza
y en deshonor la prediccion maligna.
¡Él allí muere de mi espada al golpe,
y ella, ¡miradla! en mi cabeza brilla!
(*Señalando primero hácia donde acaba de inmolar al que cree David, y luego la corona que adorna su frente.*)
Achim. No impune quedarás, ¡rey reprobado!
que el cielo sabe por ignotas vias
sus designios cumplir.
Saul. Su fuerza ostente
al idólatra alzando en las ruinas
de su escogido pueblo; mas su presa
no arrancará al sepulcro.
(*Crece el rumor: al acabar de hablar Saul suena el clarin, y poco despues aparece David seguido de guerreros de Israel, por el mismo lado á que antes se lanzó Saul, pero á alguna distancia de dicho sitio.*)
¡Llega aprisa,
vil raza filistea! ¡Aquí te aguardo,
y á enorme precio venderé mi vida!
Abner. ¡Enemigos no son los que aquí llegan!...
¡No hay duda, de Israel es la divisa!
Saul y *Achim.* ¡De Israel!
Abner. ¡De Israel!... ¡pero qué veo!

ESCENA X.

LOS MISMOS. DAVID *con espada en mano, seguido de guerreros. Despues* MICOL.

David. ¡Victoria por Sion!

Achim. ¡Bondad divina!
¡David!!
Abner. ¡David!
Saul. ¡David!... ¿no estoy soñando?...
David. Dios volvió por su pueblo. ¡Que bendita
su omnipotencia sea!
Saul. ¡Oh! ¿quién ha sido
la víctima infeliz?... mi espada impía,
¿qué sangre derramó?...
Micol. (*Presentándose por el lado que salió de la escena.*) ¡Padre infelice!
¡has muerto á Jonathás!...
Saul. ¡Ah!!
Achim. ¡Parricida!
¡contra el poder de Dios te revelaste
y el poder infernal ahora te abisma!
Saul. ¡Que el cielo y el abismo juntamente
vengan á disputarse mis cenizas!
El formidable brazo que me postra
deshecho me hallará, ¡no de rodillas! (*Se hiere.*)
Micol. (*Corriendo á él.*)
¡Padre!
David. ¡Saul! ¿qué has hecho?
Abner. (*Sosteniendo á Saul.*) ¡Desdichado!
Saul. (*Con voz espirante.*)
¡Jonathás! Jonathás!...
David. Por tí suplica
ante el trono de Dios.
Saul. (*Haciendo un último esfuerzo arranca la corona de su frente.*) Toma la herencia
que anhela tu ambicion: cuando la ciñas
á tu frente ¡oh David! seré vengado,
¡que en ella va la maldicion escrita!
(*Arroja Saul su corona y muere.*)
Achim. (*Levantando la corona y poniéndola en la frente de David.*)
Ella, Israel, perpetuo patrimonio
será de sacrosanta dinastía;
¡que el reinado que aqui comenzar vemos
otro reinado eterno simboliza!

FIN DE LA TRAGEDIA.

to de estado.
s de un coronel.
l Veronés.
e la tempestad.
a improvisada.
o el tapicero.
olterones.
re mas feo de Francia.
ledana.
.
o de una madre.
orias del diablo.
a con dos puertas.

bofetones.
vedado.
rio.
or interés.
me vuelvo.
a padre.
de Bilbao.
II.
Paulina.
a de palo.
viuda y casada.
stante.
de Médicis.
lero de industria.
l el leñador.
de Belle-Isle.
lo.
co y la huérfana.
del hambre.
ripto.
lacion de los inocentes.
celosos.
icos del rey de Prusia.
ia de Castro.
bre de bien.
ajada.

eto de familia.
atura de Carlos II.
era.
lder flamenco.
tario privado.
rna de Alby.
ena.
nobleza.
Perez y Felipe II.

nga sus agravios.

cobrar el cetro.
ños despues.
novicio.
.
to.
a cieguecita.
artos.
y el encojido.
ecas.
del Godo.
.
razon la espada.
no de Guadalajara.
lo del rey D Sancho.
a de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton !!!
Doña María de Molina
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivrí.
D. Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afan de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente
El hijo en cuestion.
Está loca !
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La político-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D. Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa!
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Macbet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darlington.
Sin nombre !
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Tóo jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.

La verdad por la mentira.
La oliva y el laurel.
La loca de Lóndres.
Las colegialas de Saint-Cir.
La feria de Mairena.
Elisa, ó el precipicio de Bessact.
El carcelero.
Probar fortuna.
Ya murió Napoleon.
El que se casa por todo pasa.
Pedro Fernandez.
El libelo.
Los tres enemigos del alma.
Bandera negra.
La copa de marfil.
La prensa libre.
La parte del diablo.
Memoria de un padre.
Cuando se acaba el amor.
El fanático por las comedias.
Floresinda.
Juan Tenorio.
Periquito entre ellos.
El diplomático
El parador de Bailen.
La veneciana.
La venganza de un pech
Beltran el napolitano.
Españoles sobre todo.
La accion de Villalar.

Ademas de las comedias espresadas se han publicado ciento hasta hoy 1.º de abril de 1847, cuyos títulos y precios constan en los catálogos que se dan gratis en las librerías que se citan.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

75 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerias de CUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alcoy, Marti Roig.--*Alicante*, Ibarra.--*Almería*, Alvarez.--*Badajoz*, Viuda de Carrillo.--*Baeza*, Alhambra.--*Barcelona*, Piferrer.--*Bilbao*, Garcia--.*Burgos*, Arnaiz.--*Cáceres*, Burgos.--*Cadiz*, Moraleda.--*Córdoba*, Berard.--*Coruna*, Perez.--*Cuenca*, Mariana.--*Granada*, Sanz.--*Habana*, Urban Ramos.--*Huelva*, Reyes Moreno.--*Jaen* Calle.--*Jerez*, Bueno.--*Leon*, Miñon.--*Lérida*, Sol.--*Logroño*, Verdejo.--*Lugo*, Pujol.--*Málaga*, Aguilar y Medina.--*Murcia*, Gisbert.--*Orense*, Novoa.--*Oviedo*, Longoria.--*Palencia*, Santos.--*Palma*, Gisbert.--*Pamplona*, Erasun.--*Plasencia*, Pis.--*Ronda*, Moreti.--*Salamanca*, Oliva.--*Santander*, Riesgo.--*Santiago*, Rey Romero.--*S. Sebastian*, Baroja.--*Sevilla*, Caro Cartaya é Hidalgo.--*Talavera*, Fando.--*Tarragona*, Mallot.--*Valencia*, Navarro.--*Valladolid*, Hijos de Rodriguez.--*Vitoria*, Ormilugue.--*Zamora*, Escobar y Pimentel.--*Zaragoza*, Yagüe.

En las mismas librerias se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas tres obras han sido aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesias de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografia: un tomo, 24.
—— de **D. Tomas Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
Recuerdos y fantasias por don José Zorrilla: un tomo, 10.
La Azucena silvestre por el mismo: un tomo, 12.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.